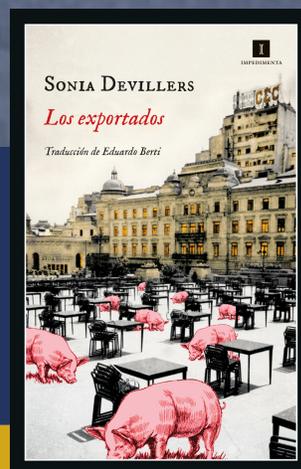




Visita
al territorio de

Sonia Devillers



SU NOMBRE EN LA LISTA

No se fugaron, los dejaron partir. Pagaron una fortuna por ello. Les concedieron unos documentos, se los retiraron y finalmente se los volvieron a acordar. No querían irse de su país. No querían, pero no tenían opción. En cada pausa del viaje, en cada puesto fronterizo entre Rumanía y Francia, pensaron que el tren no volvería a arrancar. El 19 de diciembre de 1961, sin embargo, Harry y Gabriela Deleanu lograron llegar a París con sus dos hijas y con una abuela. Habían cruzado el telón de acero, sin dejar de mirar atrás. De haber podido, habrían frenado el paisaje con sus manos desnudas, habrían hecho lo imposible por detener la marcha. Dos mil trescientos kilómetros de vías congeladas y sus recuerdos arrancados de cuajo: la Rumanía comunista le había cerrado las puertas a su pasado.

Nadie podía salir de aquel país en plena Guerra Fría. El pueblo vivía prisionero. Así que en mi familia teníamos nuestra propia leyenda acerca de la escapatoria. Una historia de dinero, claro está, pero protagonizada por un misterioso traficante de personas, mezcla de empresario y benefactor.

En los años ochenta apareció en Francia un libro que había causado gran revuelo al salir poco antes en Estados Unidos: las confesiones de un general de dos estrellas, máximo responsable de la Securitate, la policía política rumana en tiempos del comunismo. El militar detallaba la extravagante deriva del régimen. Y, entre otras locuras, contaba cómo Rumanía había estado vendiendo a sus judíos durante décadas. Había empezado canjeándolos por animales comestibles: terneros, vacas, pollos, ovejas y, sobre todo, cerdos. Con el tiempo los había intercambiado por dólares, hasta el punto de que Nicolae Ceaușescu, el dictador rumano, diría en una ocasión: «Los judíos y el petróleo son nuestros mejores productos de

exportación». Harry y Gabriela Deleanu nunca oyeron hablar de este libro. No vieron nada, no supieron ni comprendieron nada.

Después el Muro cayó, y se dismanteló el bloque comunista con todas sus policías secretas. Los archivos se fueron abriendo poco a poco. Tuvieron que pasar veinticinco años para que se desclasificaran algunos expedientes de la inteligencia exterior rumana. Acto seguido, un historiador, Radu Ioanid, se zambulló en la memoria administrativa del régimen. Exhumó libros de contabilidad, formularios, pedidos e inventarios. Todo lo que atañe a ese gran comercio con los judíos aparecía ahí minuciosamente registrado. Incluso unas listas que pronto salieron a la luz. Quién fue vendido y por cuánto. El precio de cada ciudadano judío aparecía por escrito; primero convertido en ganado y después en billetes verdes.

Harry y Gabriela ya no estaban en este mundo. No llegaron a ver sus nombres en esas listas. Yo sí los vi. Su apellido figura escrito, con todas las letras. El apellido de mis abuelos. El apellido de mi madre. El de mi tía. Sumados a mi bisabuela, conformaban un lote de cinco personas. Los pusieron a la venta y los cambiaron por ganado, por «animales de alto rendimiento», como indica un funcionario.

La verdad sobre su libertad.

SU PAÍS EN EL MAPA

Conocí muy bien a Harry y a Gabriela. Tras su llegada a Francia, nunca se marcharon de París, donde yo fui la primera de la familia en nacer. Dormía a menudo en su casa, los sábados por la noche, en un modesto piso de la Porte de Bagnolet, un barrio popular caído en desgracia. Habían sido, los dos, gente importante. Pero no se notaba. Había que creer en su palabra, y yo les creía. El empapelado descolorido decía mucho acerca de su decadencia. Pero yo, entonces una niña, no alcanzaba a darme cuenta. Advertía, en cambio, las alfombras recargadas, los pequeños manteles bordados y los platos pintados que decoraban aquellas tristes paredes del distrito número XX de París. Esto era para mí Rumanía: una multitud de platos colgados en las paredes.

Sabía que mis abuelos eran judíos. Sabía también que ellos no le daban ninguna importancia a este dato y que ya no tenían ni siquiera un apellido judío. Muchas personas me preguntaron por su suerte durante la guerra. Yo me limitaba a repetir lo que ellos solían contar. No parecían haber vivido la guerra en sí. Era más bien como si hubieran vivido *durante* la guerra, como si les resultase lejana. El verdadero horror estaba en otra parte, en ese exilio forzoso de 1961, en ese viaje aterrador de Bucarest a París, que mi madre emprendió con catorce años. Eso sí que no se había alejado. Mi madre se derrumbaba cada vez que intentaba ponerlo en palabras. Entonces yo reulaba. Era mucho más agradable evocar el tiempo perdido y visitar los recuerdos desvanecidos de Harry y Gabriela. De mis abuelos me he llevado un manojito de anécdotas. Una epopeya del siglo XX, una familia atrapada en medio de los vericuetos de la historia. Y no una familia cualquiera, sino una llena de esplendor, hasta la feroz desgracia que le causó el Partido Comunista.

El hecho de ser judíos no parecía haber pesado en su destino. La ruptura, la tragedia de sus vidas era otra: su partida. ¿Constituían mis abuelos una excepción? ¿Habían sufrido los judíos de Bucarest? ¿Los había marcado la guerra? Me parecía que no. Rumanía había creado una especie de zona blanca en el corazón del conflicto. No sabría explicar por qué, pero así concebía yo aquello. Al fin y al cabo, no parecía haber ocurrido nada importante allí. Ni conflictos ni batallas mencionadas en mis manuales de escuela, ni campos de exterminio tristemente célebres, ni estrellas amarillas, ni trenes rumbo a Polonia. Un lugar bastante tranquilo, curiosamente olvidado por aquella apisonadora que entre 1939 y 1945 aplastó a todo el continente. Un país, en suma, donde a los judíos no les importaba ser judíos.

Crecí con un agujero en medio de Europa. Una nación informe, que a duras penas sabía yo situar en el mapa; una mancha de contornos movedizos en el caos de las repúblicas del Este: el teatro de un genocidio del que mis abuelos no hablaron jamás. También crecí con una madre tan marcada por el desarraigo de Rumanía que sus sollozos impedían cualquier relato. Su llanto marcaba incluso una línea divisoria entre el presente y el pasado. Un cepo como el que dividió Europa en dos bloques rivales, el Este del que ella proviene y el Oeste de donde provengo yo. Todo se veía borroso en esta herencia inmigrante, hondamente desorientada en el espacio y el tiempo. De modo que yo vivía con estas dos incógnitas: el otro lugar y el pasado. Por mucho tiempo fui incapaz de establecer cronologías, de identificar épocas o de dibujar fronteras. Los mapas y las fechas eran como un gran bosquejo en mi interior.

Lo que ocurrió, sin embargo, estaba muy claro y perfectamente localizado. Pero había que afrontar la realidad. Y afrontar también este viaje.

En Rumanía, a los que no querían ser judíos se les obligó a serlo. Y si lo que sufrieron sigue siendo tan desconocido es porque se les hizo olvidar el odio con que fueron perseguidos. Este gran olvido fue, además, el cimiento de un nuevo mundo al que mis abuelos se lo entregaron todo: el régimen comunista.

Nunca me interesó ser judía. A mi abuela tampoco le interesaba. Ella era la mujer más orgullosa que conocí, no la clase de mujer que se deja

asignar una identidad. Sin embargo, su nombre y el de mi abuelo aparecen en la lista. Una lista de judíos. Una lista que revela un tráfico masivo de seres humanos en el corazón de Europa, quince años después de la guerra. La inclusión de mis abuelos en la lista me obliga a volver a situar su país en el mapa. A hacer el viaje a la inversa, al otro lado del Muro, en busca de lo que se sufrió pero no se reconoció, en busca de lo que se le ha ocultado a mi familia y también al mundo entero.

LOS JUDÍOS



LOS TÍOS

A mi abuela no le gustaba su apellido. Que fuese típicamente judío no le suponía ningún problema. Simplemente no era el adecuado para ella. En la escuela y después en la universidad, en cualquier situación social y desde su más tierna infancia, Gabriela fingió llamarse Sanielevici. Este apellido, judío también, era el de una familia de intelectuales de alto vuelo que incluía a matemáticos, banqueros, gobernadores, investigadores, críticos literarios y pintores famosos en Rumanía. Por desgracia, ella no podía llamarse Gabriela Sanielevici porque los miembros más importantes del clan Sanielevici eran todos hombres y ninguno de ellos era su padre. Siete tíos ilustres, pero un padre lamentable.

Siempre que la madre de Gabriela se refería a sus hermanos, comentaba: «¡Siete y todos en la Academia!». Ella era la única hija en aquella gloriosa hermandad y la única que no había conocido un destino honorable. Para colmo, había cometido el error de casarse con un tal Spitzer, actor y cantante de opereta, miembro de una compañía un poco famosa, juerguista empedernido, infiel y perpetuamente endeudado. Con su boda, la madre de Gabriela había renunciado al prestigioso apellido Sanielevici para convertirse en la señora Spitzer. La única hija de la pareja —mi abuela— nació por lo tanto como Spitzer, en 1912. Y ella fue la única, entre sus numerosos primos, que no recibió como herencia el famoso apellido. Una mancha en su identidad, más vergonzosa todavía por el hecho de que sus padres se divorciaron poco después y a la joven Gabriela la educó una madre soltera, amargada e indigente. Entre los tíos ricos, siempre habría alguien para ocuparse de las necesidades de esta sobrina sin padre ni fortuna propia, pero Gabriela se limitó a apretar los dientes. Conforme iba creciendo, mostraba un desprecio insolente por el dinero. Así y todo, no se

resignó jamás a no llevar el apellido de los artistas y los sabios de la familia.

A lo largo de mi infancia oí cómo Gabriela evocaba este Olimpo de la inteligencia, del que su madre había sido alejada por accidente. Los tíos, según su orden de aparición: Simón Sanielevici, matemático, alumno de Henri Poincaré en París, profesor de la Universidad de Bucarest, académico. Henric Sanielevici, reputado crítico literario, editor de una revista, especialista en mitos y religiones, antropólogo autodidacta y controvertido, pero no por ello menos influyente. Iosif Sanielevici, presidente de la Cámara de Comercio y después senador de Kishinev. Solomon Sanielevici, pintor, formado en la Escuela de Bellas Artes de Múnich, cercano a la Escuela de Barbizon, invitado a la Exposición Universal de París; a su muerte en la Primera Guerra Mundial, sus cuadros entraron en el Museo de Bucarest. Jack Sanielevici, profesor de matemáticas, también fallecido prematuramente. Maximilian Sanielevici, matemático, economista, director de diversas compañías de seguros, redactor de las primeras leyes que rigieron dicha actividad en Rumanía. Emil Sanielevici, biólogo y zoólogo, autor de un manual de ciencias naturales que se utilizaba en todas las escuelas; sus clases particulares eran un paso obligado para entrar en la Facultad de Medicina.

La madre de Gabriela se llamaba Roza. Tras su divorcio se había empeñado, por una cuestión de honor, en volver a ser una Sanielevici de pleno derecho. Roza procedió a borrar de forma maníaca todas las huellas de su exmarido, incineró los documentos donde figuraba el nefasto apellido, descolgó los retratos de Spitzer y se deshizo de todas sus fotos. El hombre se esfumó de sus conversaciones y no quedó el menor rastro de él. Reapareció una sola vez, después de la guerra, para reclamarle dinero a su hija. Spitzer fue expulsado, condenado al olvido para siempre. Sin embargo, su apellido tan atroz perduró por mucho tiempo en los documentos de identidad de mi abuela. Lo que es peor: durante toda su carrera aquel hombre había usado un nombre artístico, un seudónimo elegante. Mientras que ella, Gabriela, se vio condenada a utilizar el apellido verdadero en toda su mediocridad.

Mi abuela tenía cada uno de los ingredientes de los Sanielevici, empezando por un ego desmesurado, un orgullo al que había herido el

hecho de verse privada de esa gloriosa identidad. Gabriela era brillante. Joven, muy seductora, muy pretendida, muy celosa, muy empapada de literatura, muy dotada para la música y las lenguas extranjeras —dominaba el alemán desde la escuela primaria, manejaba el francés con gran talento —, muy aficionada al senderismo y, algo raro en aquella época, muy buena esquiadora. Todo esto, al menos, aseguraba ella. Gabriela según Gabriela, la vanidad hecha mujer.

De este complejo de superioridad, columna vertebral de la familia Sanielevici, quedan huellas en mi madre, Marina. Algo pequeño que sugiere el «nunca olvides de dónde vienes», una idea elevada del conocimiento y de la cultura, una forma delicadamente asesina de juzgar a los demás.

LA PEQUEÑA PARÍS

Gabriela murió cuando yo tenía dieciséis años. En mis tiempos de estudiante me dio clases de piano y de alemán. Mi gusto por la gramática germánica hizo las delicias de la anciana, que se jactaba de no haber perdido nada de su uso. En cuanto a mi falta de habilidad musical, parecía consolar la artrosis de sus dedos, que llevaban mucho tiempo alejados del teclado. Frente a mí, aún podía ilusionarse. Era importante para ella... Gabriela Deleanu había sido alguien, y todavía quedaban rastros de ese alguien.

Su marido hablaba poco. De los recuerdos se encargaba ella y no se hacía rogar. Sin embargo, aunque conversaba alegremente, en el fondo no contaba mucho. A su modo, mi abuela moldeaba la opacidad de su pasado. Por un lado, alimentaba un mito; por el otro, aplanaba los dramas. El mito era siempre el mismo: la edad de oro de los años treinta en Bucarest. Los dramas vendrían después, con la Segunda Guerra Mundial, con la epopeya comunista que se volvería contra mis abuelos, con la emigración forzosa. ¡Cuántas fatalidades! Habían tenido que anesthesiarse. A partir de ahí, el tono cambiaba. Pronunciaba las palabras con desprecio e indiferencia. Todo sonaba tan hueco que no me parecía tan grave nada de lo que mi familia había vivido.

Para narrar la esplendorosa juventud de Gabriela, en cambio, cabe el énfasis y la excitación: su familia distinguida, su elegante ciudad, Bucarest, conocida en el periodo de entreguerras como la «pequeña París de los Balcanes». Mi abuela solía presumir de que conseguía novelas francesas en las librerías rumanas «al día siguiente de que salieran en Saint-Germain-des-Prés». Es cierto que a la capital rumana no le faltaba garbo. Desde el siglo XIX, Rumanía era una monarquía parlamentaria. Una monarquía que,

al principio, no encontraba su rey. Le ofrecieron entonces el trono a la rama más joven de una prestigiosa dinastía alemana, los Hohenzollern-Sigmaringen. Estos príncipes administraron su nueva patria al tiempo que mantenían intensas relaciones con Berlín, Londres y París. Por añadidura, Rumanía salió triunfante de la Primera Guerra Mundial. Y el Tratado de Versalles fue una auténtica bendición, porque en 1919 anexionó grandes regiones fronterizas al Viejo Reino.

Esta extraordinaria expansión territorial aumentó el orgullo nacional, pero además sentó las bases para la explosión que se avecinaba. En los nuevos territorios había enormes comunidades judías. Por lo tanto, la población judía de Rumanía se duplicó de la noche a la mañana hasta convertirse, con casi 750 000 personas, en la tercera comunidad más numerosa de Europa. Todo esto reavivó una antigua psicosis popular y alimentó el antisemitismo político que flotaba en el ambiente. Siempre la misma cantinela: el miedo a diluirse. Pero durante la juventud de Gabriela, ¿quién era consciente de los alcances del peligro? Aquellas regiones menospreciadas parecían lejanas y arcaicas... Mientras que en Bucarest, en cambio, unas avenidas magníficas y unas mansiones espléndidas convivían con teatros y salas de conciertos siempre abarrotadas. La vida cultural era increíblemente intensa y, sobre todo, muy abierta.

Mis abuelos, aunque crecieron en entornos muy diferentes, habían recibido los dos su educación en alemán. Y, como tantos rumanos cultos, también hablaban francés. Los quioscos rebosaban de revistas, algunas de las cuales describían cada día la actualidad política de París. Por medio de sus institutos y sus óperas prodigiosas, Alemania pretendía brillar tanto como Francia. Todas las grandes potencias querían tener a Rumanía bajo su yugo.

Gabriela no vio venir nada. Europa le tendía los brazos. Mi abuela alcanzó la mayoría de edad a principios de la década de los treinta. Participó en un concurso de una revista y se ganó unos días en Polonia y en Italia. Viajó con su tío y su tía, Emmanoil y Liza Socor. Juntos, visitaron al hijo de estos últimos, el primo Matei, que tenía la misma edad que Gabriela y se encontraba en Berlín. Los dos jóvenes, cómplices desde la infancia, compartían el amor por la música y el orgullo de pertenecer a una familia brillante. En cuanto al tío Emmanoil, hombre alegre y expansivo, abogado,

propietario de un periódico y uno de los primeros militantes antifascistas, ocupaba el lugar que había dejado vacante el padre de Gabriela. En Berlín, los dos primos, que ya eran buenos pianistas, lo pasaron en grande probando unos Bechstein. Los instrumentos, con la firma de un prestigioso fabricante de pianos de Berlín, ofrecían un mecanismo de alta precisión y un timbre incomparablemente poderoso.

Así que el tío Emmanoil encargó dos pianos de media cola, uno para su hijo y otro para su querida sobrina. Dos regalos, sin más. De esta manera empezaba una vida en la familia de mi abuela: con un piano caído del cielo. Nada mal. Gabriela profundizaría su camino musical y más tarde enseñaría en el Conservatorio de Bucarest. Su primo Matei Socor se convertiría en un director de orquesta alabado por el régimen, compositor del himno nacional rumano, director de la radio nacional y del sindicato de compositores. Un comunista de la primera hora.

LA SINAGOGA

Gabriela también estudió literatura. En cuanto judía, no era bienvenida en la facultad, pero ella contaba que había desafiado —¡con descaro y con una simple mirada!— al presidente de aquel sindicato de estudiantes que había intentado expulsarla. Para mi abuela, esta osadía era un pequeño motivo de orgullo. La petulancia de Gabriela, el sesgo de su memoria... En 1933 conoció a Harry, mi abuelo, en un tren que iba a París. Al parecer, él no se ofreció a subir su maleta al portaequipajes. ¿Era posible que ni siquiera se hubiese fijado en ella? Nunca le había pasado a Gabriela algo así, y se quedó muy intrigada. Hizo bien en iniciar la conversación: este casi treintañero de piel morena y facciones imponentes tenía mucho que contar. ¡Su inesperado nombre estadounidense, en primer lugar! Se llamaba Harry. Había nacido en Texas. Después había viajado a Italia, estudiado Ingeniería en Pavía, en Bolonia y luego en Roma, donde obtuvo una licencia en la Escuela Politécnica de la Universidad La Sapienza. Finalmente, se había marchado a las minas de Cerdeña para su primera misión. Hermosos recuerdos.

Gabriela quiso saberlo todo: los amigos de toda la vida que Harry había hecho en Roma, el ascenso de Benito Mussolini y sus camaradas, que vestían camisas marrones y desfilaban en columnas por la capital. La Italia de esos años era relativamente poco antisemita. Los discursos del Duce no apuntaban a los judíos. ¿Había empezado Harry su relato explicando que no había tenido más remedio que partir al extranjero porque ninguna universidad habría aceptado a un estudiante judío en Bucarest? ¿Ella se lo preguntó? ¿Él se tomó el tiempo de explicárselo? ¿Le contó su regreso a Rumanía, le habló del servicio militar plagado de humillaciones para un judío como él? ¿O acaso todo esto se dijo sin palabras, como los dos

siguieron haciendo años más tarde, durante mi infancia, cuando se dirigían a mí? Mi abuelo había adorado Italia. Habría querido incluso vivir allí. Hablaba mejor italiano que francés. Ya en Francia, había visitado a sus compañeros de promoción, antiguos seguidores de las Juventudes Fascistas. No veía nada malo en esto. A él mismo le había encantado llevar el uniforme rumano. Se le habían dado muy bien los asuntos militares. La palabra «judío» no asomaba en los relatos de Harry ni tampoco en los de Gabriela. Ni la palabra ni todo lo que implicaba.

En mi primer viaje a Rumanía —que hice ya siendo adulta— me quedé estupefacta al entender que Italia no había sido una simple diversión, sino el refugio para un estudiante despojado de acceso a la universidad en su propio país. Ese mismo día descubrí las tumbas de los Sanielevici, antepasados de mi abuela, en la parcela judía de un cementerio de Bucarest. Nadie me había ocultado nada. Yo no ignoraba sus orígenes judíos, pero a la vez no comprendía. No comprendía qué hacían allí aquellas sepulturas. ¿Acaso no me habían contado que en la boda de Gabriela y Harry, en 1935, la madre del novio, de origen modesto, había suplicado que pasaran por la sinagoga, un último rito para bendecir a su hijo único? ¿Y que Gabriela había consentido con desprecio, pero sus tíos Sanielevici se habían quedado ostensiblemente fuera del recinto religioso? Ellos no querían saber nada del judaísmo. ¿Tumbas en el sector judío? ¿Y qué más? «Nosotros» no teníamos nada que ver, en absoluto, con aquello.

De esto último, Gabriela estaba más convencida que los demás. En el momento de casarse, su marido se apellidaba Greenberg, nombre judío donde los haya. A mi abuela eso le importaba bien poco. Así que aceptó el nuevo nombre con presteza, tanto deseaba borrar el apellido de su padre. Tenía entonces veintitrés años, proyectos para el futuro y amigos en abundancia. Su vida de joven esposa se anunciaba llena de viajes y de cumbres nevadas. Se había jurado a sí misma que pondría al torpe de Harry a esquiar.

EL ARCÁNGEL

Decían que había recorrido las miserables aldeas del Viejo Reino a lomos de un caballo blanco, mientras él iba vestido todo de blanco también, como los paisanos, con su tradicional chaleco bordado; decían que había viajado con su fe colgada al hombro, que prefería las palabras de Cristo a los largos discursos. Aunque había nacido católico en las antiguas provincias germánicas, luego se había hecho ortodoxo y había rumanizado su nombre. Codreanu significa «que viene del bosque» y él sintió que en su interior crecían las fuerzas telúricas de la Rumanía más profunda. Defendería esta tierra contra las élites que la hacían pasar hambre, contra los extranjeros que la amenazaban y contra los judíos que la roían. Expulsaría a los deicidas con los que estaba aliado este rey impotente y corrupto. Su majestad Carlos II se había atrevido a repudiar a la reina por una amante judía que hacía vomitar a los rumanos. El séquito de Palacio no es que se enriqueciera, más bien se estaba atiborrando. Corneliu Codreanu sopesaba cada una de sus palabras. Nunca se había visto un tribuno más silencioso, más místico, más peligroso. Físicamente, el joven no se parecía en nada a un Benito Mussolini o un Adolf Hitler. Impactaba por su belleza. Su calma inescrutable cautivaba a las multitudes.

Gabriela iba al liceo y Harry era aún estudiante cuando Codreanu, que ya militaba en los años veinte del lado de los nacionalistas cristianos, mató de un balazo a un prefecto. Finalmente lo absolvieron y, en cuanto terminó el juicio, celebró su matrimonio y fue aclamado por miles de rumanos que de manera espontánea acompañaron el cortejo nupcial. Fue algo tan espectacular que el rey prohibió el noticiario que lo mostraba. Pero Corneliu Codreanu sabía que el pueblo lo apoyaba. En 1927 fundó la Legión de San Miguel Arcángel. Multitudes de hombres, muchos de ellos

muy jóvenes, no tardaron en marchar por las calles de Bucarest, todos en fila, vestidos con camisetas verdes, jurando fidelidad a la Iglesia, prometiendo la muerte del parlamentarismo, reclamando que se persiguiera a los judíos en cada uno de los rincones del país. La Legión se convirtió en un movimiento político de masas y pasó a denominarse Guardia de Hierro.

Abogado y judío completamente integrado, el gran escritor Mihail Sebastian tenía la misma edad que mis abuelos. Como ellos, vivía en Bucarest. Estaba en dificultades, pero su aura y su pluma talentosa le permitían acceder a círculos más mundanos que los de Harry y Gabriela. Los tres eran aficionados a la montaña y a los deportes de invierno. Los tres amaban la música, frecuentaban los conciertos y tenían varios conocidos en común. Al final de la guerra, Mihail Sebastian se aprestaba a afiliarse al Partido Comunista, al igual que mis abuelos, cuando un coche lo atropelló. Llevaba diez años escribiendo su diario íntimo, crónica febril de una ciudad sumida en el odio antisemita. El texto se ha convertido en un bestseller mundial. Su relato contrasta diametralmente con el de mis abuelos. Ellos quisieron evitar el sufrimiento de esos años. Sebastian escribe en abril de 1935: «He visto cosas atroces en la calle».¹ Luego, en el mes de junio de 1936: «Escándalos y palizas antisemitas en el tribunal». Y más adelante: «Tal vez vayamos hacia un pogromo organizado. [...] Anoche, en la calle Gabroveni, ambiente de asedio. Los comerciantes judíos habían bajado las persianas y esperaban a los agresores, decididos a resistir. Me parece que es lo único que cabe hacer. Si tenemos que morir, que al menos sea luchando». Una lectura simplemente sobrecogedora para mí, como nieta de Harry y Gabriela. En efecto, se trata de la Bucarest de mis abuelos, solo que muestra lo que ocurría entre bastidores.

En diciembre de 1937, consternado, el escritor consigna los resultados de las elecciones parlamentarias en Rumanía. El avance de los fascistas había sido espectacular. Sebastian lo compara con el de los nazis alemanes. El rey de Rumanía reacciona. Para contener a los legionarios, nombra un Gobierno ultranacionalista y conservador. Un Gobierno que se apresura a aprobar leyes antisemitas, calcadas de las de Núremberg. Muchos ciudadanos judíos pierden inmediatamente su ciudadanía rumana. Se purga de «rumanos no nativos» tanto la administración como la industria y la educación. El país está patas arriba. Sebastian apunta que, por primera vez,

el vocabulario de la prensa de extrema derecha se ha trasladado al discurso oficial: «judío», «judaísmo», «dominación de Judas» y otras expresiones por el estilo. El escritor teme perder su trabajo. No concibe que «se vaya a tolerar a un judío en un “puesto de cultura”, aunque sea tan borroso como [el suyo]». ¿Y mi abuela? ¿Habría empezado ya a temblar? ¿Temía quedarse sin empleo?

Muy pronto, los legionarios contaron con campos de entrenamiento — ciento setenta campos repartidos por todo el país— y también con el apoyo del ejército, de la magistratura, de las universidades... Se temía un golpe de Estado. ¿El pueblo rumano lo habría visto con malos ojos? Los discursos se desataron. Una amiga de Mihail Sebastian despotricó delante de él: «Ni el hecho de hablar conmigo ni de estar yo en su casa fueron obstáculo para que lanzase rayos y truenos contra los judíos barrigones y sus judías enjoyadas y obesas, aunque salvando a unos cien mil judíos “decentes” entre los que probablemente me encuentre yo, teniendo en cuenta que no tengo ni barriga ni judía obesa».

De esta manera, a finales de la década de los treinta el lazo se iba ciñendo en torno a mis abuelos. Era imposible que ellos dos no entendieran lo que pasaba y que no sufrieran estas humillaciones. ¿Qué hacer? ¿Refugiarse en los libros? ¿Buscarle un sentido a esta inmundicia convertida en realidad? ¿Seguir la brújula familiar del saber? ¿Ponerse en manos de los intelectuales? Todo ello sin tomar en cuenta la deriva extremista de las figuras más admiradas de Bucarest, como lo ha revelado la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine. El dramaturgo Eugène Ionesco fue enviado como consejero cultural a Vichy, ya que la Rumanía fascista tenía representantes diplomáticos ante la Francia del mariscal Pétain. El filósofo Emil Cioran y el gran historiador de la religión Mircea Eliade no ocultaban su admiración por Hitler y su odio feroz a los judíos. Eliade ayudaba en la universidad a los teóricos del movimiento legionario. Las conferencias de este gran hombre se tenían por tan brillantes que hasta Mihail Sebastian, judío, acudía a ellas. Finalmente, sin embargo, Sebastian dejó de acudir, frente a un antisemitismo tan visceral.

El golpe de los legionarios no se produjo. El rey recuperó el poder y optó por una solución radical: mandó asesinar a Corneliu Codreanu, el mensajero de Dios en la Tierra. Cioran, partidario, por no decir adorador de

Codreanu, le rindió un homenaje radiofónico, una letanía de fórmulas fanáticas. Mis abuelos tenían un aparato de radio, estoy segura: Gabriela era melómana e insomne, pasaba las noches escuchando grabaciones de conciertos. Ese día, ¿estaba encendida la radio? ¿Oyeron ellos aquel delirio extático? ¿Sintieron miedo por primera vez? En su lúgubre piso, entregado a su diario como de costumbre, Mihail Sebastian escribió entonces: «Estupor y calma. Una especie de calma petrificada. Tengo la impresión de que nadie se ha recuperado todavía de la sorpresa del primer minuto. Entraría en la lógica de las cosas que todo este terror mudo rompiera en una explosión antisemita. Es una válvula de seguridad que el propio Gobierno quizá no excluya abrir. Y ahora sí que podríamos pagarlo todos nosotros». El miedo se apoderaba de los judíos.

Mis abuelos decidieron continuar. Alquilaron un pequeño piso en el centro de la ciudad, donde recibían constantes visitas de sus amigos. Harry consiguió su primer trabajo, como ingeniero jefe en la fábrica Gallia. Su patrón, el señor Durand, era francés. Gabriela se empeñaba en hacerle cumplidos en su idioma. Deseaba sobresalir. A mi abuelo le encantó tomar las riendas, le gustaba dirigir a la gente. Era popular entre los obreros. Mi abuela tenía un hombro sólido donde apoyarse. Esto bastaba para que se sintiera segura. Harry y Gabriela Greenberg, muy obstinados, se negaban a percibir que la muerte acechaba. Pero esta vez la muerte los vendría a buscar.

EL SINIESTRO DESAHOGO

En 1940, víctima de un enorme desorden, Rumanía sufrió la peor de las humillaciones. El pacto germano-soviético le arrebató brutalmente las magníficas provincias que habían sido anexionadas al término de la Primera Guerra Mundial. Estos territorios, poblados en gran parte por judíos, pasarían a manos de los rusos. Y a los judíos nunca se les perdonaría por esto. Después de tratarlos como alimañas invasoras, se los acusaba de traidores. Los judíos y los rojos estaban pactando, sin duda. Si la exasperación nacionalista tenía entonces un punto en común, este era el odio al «judeo-bolchevismo». La nación parecía amenazada de desintegración. La psicosis estaba en pleno apogeo. Cuando el ejército rumano se retiró de las regiones orientales, saqueó y asesinó a muchos judíos por el camino. Un desahogo, una venganza. Y no había hecho más que comenzar.

En Bucarest, el rey Carlos II le entregó finalmente el poder, en septiembre de 1940, al mariscal Ion Antonescu, quien a cambio derrocó al monarca. El militar instaló en el trono al príncipe heredero, un pequeño rey que no llegaba a los veinte años, e instauró un régimen totalitario y antisemita. De esta manera Rumanía entró en la guerra del lado de Hitler. Los judíos fueron objeto de una discriminación salvaje: privados de todo, prohibidos en todas partes. Excluida del instituto donde enseñaba francés, Gabriela no cobró ni un céntimo más. Aprendió a coser, dio clases de costura para sobrevivir y también, sin duda, para no desanimarse demasiado. Decidida e ingeniosa, pasó toda la vida confeccionando vestidos y abrigos para sus hijas y nietas. Harry, por su parte, logró conservar su puesto en la fábrica de Gallia. Es probable que gozara de la condición de «trabajador indispensable para la vida económica del país». Junto con su

esposa y su suegra, Roza, los tres vivían de este salario providencial, mientras numerosos judíos se iban sumiendo en la pobreza.

Al margen del ejército, Harry Greenberg fue destinado a tareas de «servicio público», como limpiar las calles de Bucarest en invierno. Allí la nieve se petrificaba, metros cúbicos de un hielo sucio y hostil. Todo bajo la mirada indiferente de los transeúntes, que a veces incluso le soltaban algún insulto. Para un hombre de treinta y cinco años, diplomado del ejército y licenciado en ingeniería, el trabajo resultaba tan humillante como agotador. Se veía obligado a soportar temperaturas extremas sin soltar las herramientas. Para quedar exento del servicio, habría tenido que pagar unas contribuciones exorbitantes. De lo contrario, se arriesgaba a que lo encarcelaran. En su diario, Mihail Sebastian describe las repetidas convocatorias militares, las interminables esperas y las arduas tareas infligidas a los judíos. Sebastian conoció lo mismo que mi abuelo. En su diario también menciona las tasas, los gravámenes y los impuestos especiales para los judíos de la capital, los cuales, aplastados por las deudas, ya no sabían de dónde sacar el dinero. Los judíos fueron sometidos al racionamiento mucho más que los «rumanos de pura cepa».

En cuanto a la Guardia de Hierro, esta había alimentado el caos que hizo posible que el mariscal Antonescu tomara el poder. Así que los legionarios entraron en el Gobierno con él. El difunto Codreanu, el «Capitán» ejecutado en tiempos del rey, fue elevado al rango de mártir. En noviembre de 1940, las milicias exigieron represalias. Su nuevo líder hizo la vista gorda mientras ellas se lanzaban por primera vez al asalto de la capital. Doscientos escuadrones sedientos de violencia ocuparon Bucarest y sembraron el terror. Se ensañaron sobre todo con los judíos. Y, para coronar este siniestro desahogo, el cadáver de Codreanu fue desenterrado oficialmente y depositado en una cripta. Hubo un funeral de Estado. La periodista estadounidense Rosie Waldeck, enviada a Rumanía, asistió a la ceremonia y relató la pompa, la profusión de flores blancas, el desfile interminable, todas las potencias del Eje prosternadas y reunidas allí por última vez.

¿Quién era capaz de ignorar en Bucarest esta extravagante puesta en escena del culto fascista? Me habría gustado oír esta historia de boca de mis abuelos. Tener un atisbo, al menos un atisbo, de lo que sintieron frente a

tamaño exhibición de fuerzas, ante semejante legitimación de la furia antisemita. De niña oí hablar un poco de la Guardia de Hierro, de su revuelta, de la captura de mi abuelo. Sin embargo, las palabras que se usaban eran suaves. Eran palabras vacías. Eran palabras que se pronunciaban en un tono distante. Preparaban la escena sin más emoción. Una anécdota como las otras. Sin más. Mis abuelos lo vivieron todo, lo dijeron casi todo, pero fue como si no hubieran sentido nada.

EL MATADERO

El 9 de enero de 1941, la exclamación «¡El judío es como un escorpión: nunca dejará de devorarte vivo, cristiano!» atravesaba la portada de *Porunca Vremii*, el diario de extrema derecha que se vendía en todos los quioscos de Bucarest. La semana siguiente, *Cuvântul*, una revista dirigida por universitarios, exigía «la purificación racial del pueblo rumano: un asunto de vida o muerte». La demonización del judío, su representación bajo la forma de un parásito o incluso la obsesión por el «complot hebreo» ya no eran prerrogativa de la prensa fascista. Tras el acercamiento a la Alemania nazi, hasta las páginas de las revistas literarias a las que estaba suscrita mi abuela reclamaban que se acabase con el «problema judío». Con la prensa rumana al unísono, la opinión pública se hallaba perfectamente preparada para la explosión de odio que asoló de golpe Bucarest entre el 21 y el 23 de enero de 1941 y que colocó a mi abuelo en el epicentro del salvajismo.

Al mando de la situación desde hacía algunos meses, el mariscal Antonescu quiso deshacerse de sus aliados, los legionarios, cuya violencia empezaba a ser incontrolable. Los miembros de la Guardia de Hierro saqueaban y molestaban por todas partes. Antonescu era un amante de orden y Hitler le había dado un cheque en blanco para que depurase su entorno. Sacrificados en el altar del poder, los legionarios se rebelaron y emprendieron un pogromo de una barbarie inaudita en Bucarest. Robaron, incendiaron, violaron y mataron «en un estado de locura indescriptible, totalmente desconectado de cualquier motivo personal. En la avenida de la Victoria se vio a un joven con camisa verde descargando entre carcajadas su fusil contra los transeúntes», informó la periodista Rosie Waldeck. Las tropas de los legionarios recorrían la ciudad «rodeados de civiles de todas

las edades y todos los medios sociales: escolares, universitarios, funcionarios, comerciantes... Todos los apoyaban». En cada barrio, los vecinos señalaban las casas habitadas por judíos, según ha explicado otro testigo de los hechos: el gran psicólogo Serge Moscovici, que sobrevivió al pogromo. Los judíos fueron detenidos en masa, llevados a la jefatura de policía y torturados allí. Enviaron un contingente al bosque de Jilava. Hombres y mujeres fueron desnudados cuidadosamente y acribillados a balazos en la nieve. Otro grupo fue hacinado en un camión, unas quince personas elegidas al azar. Harry Greenberg, mi abuelo, era uno de los quince. Terminaron en los mataderos de Bucarest. Muchos con una bala en la nuca. A un puñado de moribundos, entre ellos una niña, los colgaron en los degolladeros. Los cadáveres, destripados por los legionarios, con las tripas al aire, fueron cubiertos con unas cartulinas en las que estaba escrito «kosher».

Mi abuelo escapó por los pelos, gracias a que los obreros lo apreciaban. Uno de ellos supo lo que estaba ocurriendo y abogó por él ante los sublevados, esgrimiendo su condición de «trabajador útil». Así pudo rescatarlo de la ejecución, llevarlo a la fábrica de Gallia y esconderlo hasta el final de la revuelta. Mientras tanto, el mariscal Antonescu consiguió aplastar la insurrección. El matadero permaneció cerrado por una semana, lo necesario para limpiar las huellas de la matanza.

Mihail Sebastian permaneció recluido durante toda la revuelta legionaria. «Hay personas como yo que vivieron la noche separados de su familia y al día siguiente ya no encontraron a nadie, ni nada. Vuelvo a ver y a vivir todo el terror de aquella noche», escribió en los días siguientes. Por mi parte, me imagino la pesadilla que debieron de pasar Gabriela y su madre, Roza, sin atreverse a salir del piso de la Strada Lucaci, con las luces apagadas y las cortinas cerradas, asaltadas por los ruidos de la calle enfurecida, sobresaltándose con cada grito que rasgaba la oscuridad, con cada golpe que hacía temblar el hueco de la escalera. Imagino que no cruzaron ni una sola palabra y que apagaron la radio, tomada por los insurgentes, mientras clavaban los ojos en el teléfono, mientras verificaban otra vez que el auricular emitiera alguna señal e imploraban mentalmente alguna noticia de Harry. Una espera indescriptible.

Harry y Gabriela nunca les contaron a sus hijas lo que ocurrió aquella noche. A mí me lo contaron, pero sin darle importancia. Una cadena de hechos, eso fue. Detenido, transportado, recuperado, escondido, salvado. Lo que pasó dentro del matadero lo supe gracias a los libros de historia. Ochenta años después dispongo de muy pocos elementos para reconstruir las atrocidades. Una lástima. Me gustaría comprender de qué manera, en la Rumanía de los años sesenta, pudo venderse a un judío a cambio de ganado. Y de pronto caigo en la cuenta de que, antes de que ocurrieran estas cosas, a mi abuelo lo rescataron de un matadero donde iban a descuartizarlo como un animal, en un episodio que Mihail Sebastian califica en su diario de «ferocidad bestial». Todo esto suma muchos animales y muchas bestias para un mismo destino humano, el de mi abuelo.

EL MAGNÍFICO INSTRUMENTO

Gabriela nunca pronunció la palabra «pogromo». No la oí jamás en su boca. Para referirse al episodio de enero de 1941, hablaba de la «revuelta de la Guardia de Hierro», lo que no es inexacto desde un punto de vista histórico, pero no indica, como ocurre con «pogromo», que se quiso masacrar a los judíos. Tampoco indica lo que significaba ser judío en una ciudad que masacraba a sus judíos. Ni mucho menos, por cierto, que mis abuelos se hallaban en medio de la tormenta porque ellos dos eran judíos. En medio de la revuelta.

De aquellos años turbulentos, mis abuelos habían preferido extraer un puñado de anécdotas destinadas a amenizar las reuniones familiares. Una de estas anécdotas surgía con tanta frecuencia que acabé pensando que ella sola resumía toda la guerra. De hecho, siempre que me preguntaban qué habían vivido mis abuelos rumanos durante el Holocausto, yo misma me ponía a contarla. Con la mejor voluntad.

La guerra estaba en su apogeo cuando un policía rumano vino a inspeccionar la casa de mis abuelos. La lista de enseres prohibidos a los judíos no dejaba de aumentar, al igual que la lista de los bienes que debían confiscárseles. Harry se había ido a trabajar y Gabriela se vio sola, paralizada y muda frente a este oficial de mediana edad que tenía derecho a revisarlo y manipularlo todo...

El piano ocupaba la mitad del pequeño salón. El brillo de su laca negra magnetizaba no solo las miradas, también atraía a las manos. El fabricante del instrumento había estampado su firma en el marco de hierro fundido de la media cola. Gabriela, tan orgullosa de ello, solía bajar el atril para que sus visitantes vieran la noble inscripción en el mueble. ¡Un Bechstein de verdad! El policía no pudo contenerse y se instaló ante el teclado. Gabriela

contuvo la respiración. Los dedos regordetes de aquel aficionado con uniforme barrieron las preciosas teclas. Ella se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, pero no fue capaz de reprimir la rabia. Con todas sus fuerzas, le cerró la tapa contra los nudillos. El policía aulló de dolor. La convocatoria a la comisaría no tardó en llegar.

Harry Greenberg acudió al día siguiente, con los bolsillos repletos de pequeños billetes, dispuesto a sobornar al policía melómano. Al final, con mucha astucia, logró salirse con la suya. Habló del alemán perfecto de mi abuela, de sus ojos verdes y su pelo claro, del piano traído de Berlín, de esa gente que se cree capaz de cualquier cosa... Dejó caer todo esto con un matiz de ambigüedad. ¿Y si su esposa era alemana? ¿Y si el policía rumano había hecho algo incorrecto? Rumanía había jurado lealtad a la gloriosa Alemania, no era cuestión de meterse en problemas con sus ciudadanos. El agente se retractó y el asunto quedó archivado.

La historia es bonita. Nunca sabré si es cierta. En cualquier caso, cuenta lo que Harry y Gabriela querían contarnos: el honor de mi abuela y la audacia de su marido. Pero la anécdota omite a qué se arriesgaban ambos: a la muerte.

EL ORGULLO

Una cuestión de dignidad, eso es lo que siempre oí decir. Mis abuelos no cambiaron su apellido en tiempos de guerra. Tenían todas las razones para hacerlo porque Greenberg proclamaba a gritos sus orígenes. El psicoanalista Philippe Grimbert ha escrito, sobre el «secreto» de su infancia, un libro espléndido donde me topé por primera vez con el apellido de mis abuelos. El padre del autor se llamaba Grinberg y se negó, él también, a cambiar de nombre entre 1939 y 1945. Solamente tiempo después modificó su estado civil, afrancesando su apellido, de manera que Grinberg devino Grimbert, sin esas dos consonantes, la «n» y la «g», que lo volvían un apellido típicamente judío. «Despojado de estas dos letras portadoras de muerte», concluye su hijo psicoanalista.

¿Era también nuestro «Greenberg», con su «n» y con su «g», un apellido portador de muerte? El padre de Harry se llamaba originalmente Grunberg, pero más tarde los caprichos de la vida habían transformado el Grunberg en Greenberg. El padre del escritor-psicoanalista se llamaba, en su caso, Grinberg. Grunberg, Greenberg, Grinberg... Variaciones de un mismo nombre. Yo nunca había imaginado que fuera tan pesado de llevar. Siempre me habían dicho que era un asunto sin importancia, que no lo habían cambiado por orgullo. El orgullo, una vez más.

Durante la guerra en Rumanía, la comunidad judía alentaba las conversiones al cristianismo. Había que ponerse a salvo. Algunos Sanielevici, el clan de mi abuela, se convirtieron dócilmente en cristianos ortodoxos. Gabriela se lamentaba: «Nunca hemos puesto los pies en la sinagoga, ¿por qué vamos a ir a la iglesia?». No sentía más que desprecio por el fanatismo en general y por estas crisis de fe tan oportunistas en particular. No hay que doblegarse de este modo. No hay que cambiar de

nombre ante el opresor que te define y señala como judío. No hay que olvidar quién es uno.

El 17 de diciembre de 1941, bajo el régimen del terror, Mihail Sebastian apunta: «En alguna otra parte, en una isla con sol y sombra, en plena paz, en plena seguridad y en plena felicidad, me tendría sin cuidado ser o no judío. Pero aquí y ahora no puedo ser otra cosa. Y creo que tampoco lo quiero». A Gabriela le ocurría lo mismo, me lo dejó claro cuando yo era una niña. La guerra fue el único momento en que le habría dado vergüenza cualquier intento de «no ser». Eso habría sido ceder ante el enemigo, dar la razón a la barbarie. Entre 1939 y 1945, se había sentido judía. Lo había asumido con la cabeza bien alta. Antes y después, indiferencia total. Yo heredé esta indiferencia y por años me limité a ella.

LOS RUMANOS

Mucho orgullo y muy poca desgracia, finalmente. Feliz como judío en Bucarest antes de la guerra, libre de preferir Italia. Feliz como judío en Bucarest durante la guerra, libre de ostentar sus orígenes. Ni siquiera había que exhibir la estrella amarilla. Si me atengo a lo que contaban mis abuelos, a excepción de algunas restricciones y algunos excesos, la capital parecía lejos de todas las atrocidades. De modo que ellos dos vivieron los hechos sin sentirse verdaderamente amenazados. Las investigaciones de los historiadores, sin embargo, afirman lo contrario. Rumanía fue el primer brazo armado de los nazis en el Este, su aliado más celoso. «Ningún país, con la excepción de Alemania, participó de forma tan masiva en el asesinato de judíos [...]. La manera en que los rumanos llevaron a cabo sus operaciones [de matanza] evoca escenas que no tienen equivalente en la Europa del Este», insiste Raul Hilberg en *La destrucción de los judíos europeos*. Y lo que dice es verdad, salvo en Bucarest.

Una vez aplastada la rebelión de la Guardia de Hierro, la furia se trasladó a Iași, gran ciudad universitaria en el noreste de Rumanía. A fines de junio de 1941, las más altas esferas del Estado rumano orquestaron un pogromo de una escala y un salvajismo sin precedentes, tristemente famoso porque Malaparte habla de él en *Kaputt*. Sofocados los brotes de fiebre legionaria, el mariscal quiso poner en marcha una política global de «purificación étnica». Se trataba de «limpiar la retaguardia» de una vez por todas.

En consecuencia, más de trece mil judíos —hombres, mujeres y niños— fueron asesinados en menos de una semana en Iași. Y en este caso no hubo nazis. Únicamente los rumanos fueron responsables de esta carnicería a gran escala: acorralaron, robaron, torturaron a los judíos de la ciudad,

mataron a familias enteras en la calle, fusilaron a otros masivamente en el inmenso patio de la prefectura. Los que lograron escapar acabaron encerrados en dos trenes de mercancías cuyos vagones no dejaban pasar ni el aire ni la luz, bajo un sol abrasador durante varios días. De estos ataúdes con ruedas salieron entre cinco mil y seis mil cadáveres. La idea de los trenes de la muerte, otra innovación rumana... Hitler felicitó a su aliado, el mariscal Antonescu.

Estas masacres no fueron más que un ensayo general. En octubre, el ejército rumano que ocupaba la ciudad ucraniana de Odessa quiso castigar a la comunidad judía local bajo el pretexto de un presunto atentado contra su cuartel general. Los militares colgaron a ocho mil judíos de las farolas y de los balcones, antes de dispararles en la nuca a otros cuatro mil. Como ese método resultaba demasiado lento y suponía un «coste excesivo» de municiones, encerraron en unos enormes cobertizos a los casi seis mil condenados que seguían vivos y arrojaron dentro varias granadas.

Mientras tanto, las tropas rumanas partieron a reconquistar las provincias que habían perdido: Besarabia y Bucovina. En todas partes, los judíos terminaban acorralados y fusilados al borde de las trincheras antitanque que los soviéticos habían cavado previamente. Los oficiales nazis empezaron a exasperarse. Temían que hubiera epidemias: «Los rumanos abandonan los cadáveres en el lugar donde caen, sin enterrar», señalaban los informes que los oficiales nazis enviaban a Berlín. Se calcularon unas cien mil víctimas mortales en dos meses.

Los supervivientes fueron reclutados en marchas asesinas. Hitler había ofrecido al mariscal Antonescu una vasta franja de tierra en la frontera con Ucrania, Transnistria. El Estado rumano creó allí un «Reino de la Muerte», una gigantesca colonia penitenciaria tildada de «vertedero étnico». A los 350 000 judíos ucranianos que vivían en la zona, los rumanos añadieron 150 000 judíos más. Para alojarlos, el ejército reconvirtió unas antiguas granjas de cerdos que contenían entre diez y cincuenta establos en fila. Ideales. «Donde caben trescientos puercos, caben tres mil judíos», repetían los guardias. Ya entonces, un judío valía menos que un cerdo.

No había ninguna logística en este caos: una población sometida a trabajos forzados a la que luego se dejaba morir de frío, disentería y

hambre, a tal extremo que el canibalismo no era infrecuente en Transnistria. Esta mezcla de barbarie y amateurismo escandalizó a los nazis.

Por último, la matanza del campo de Bogdanovka es una de las más impresionantes de toda la Segunda Guerra Mundial. El campo consistía, una vez más, en unos pequeños establos de cerdos, establos viejos, ruinosos y abiertos a todos los vientos. Pero, como decía el comandante en medio de esas temperaturas bajo cero: «¡La paja es para los cerdos, no para los judíos!». La decisión de acabar con la vida de los ocho mil prisioneros judíos se tomó en diciembre de 1941. Los rumanos metieron a cinco mil personas en una pocilga y le prendieron fuego. Acto seguido, utilizaron dos enormes pozos para arrojar en ellos a otro millar de niños y adultos. Entonces dio comienzo una gran ejecución por fusilamiento. Sacaron a los judíos en grupos de trescientos o cuatrocientos, los obligaron a desnudarse, les arrancaron los dientes de oro que se iban encontrando y los pusieron en fila y de rodillas al borde de un barranco de unos sesenta metros de largo. Debajo, habían encendido un enorme fuego para que los niños fueran arrojados vivos a las llamas. Atrocidades cometidas a la vista de todos, con la ayuda de todos.

Quinientos kilómetros separan Transnistria de la capital, pero estas cosas se sabían en Bucarest. Los judíos, saqueados, humillados y aterrorizados, vivían con el temor de que les llegara su hora. «Esta noche han detenido a familias de judíos en distintos barrios. No sé a cuántas ni para qué. Pero en adelante ninguno de nosotros puede estar ya seguro por la noche, al acostarse, de que por la mañana se va a despertar en su cama, en su casa», relata Mihail Sebastian en su diario, en 1942. Un año antes: «La desgracia es que nadie tiene nada que ver. Todo el mundo lo reprueba y todo el mundo está indignado, pero todos son un eslabón de este inmenso engranaje antisemita que es el Estado rumano, con sus oficinas, autoridades, prensa, instituciones, leyes y procedimientos. [...] En cuanto a la masa, está exultante. La sangre judía y el escarnio al judío han sido las diversiones públicas por excelencia».

¿Rumanía fue una zona blanca, como yo quise imaginarla? No, fue un país teñido de rojo, barrido por el odio, inundado por el miedo, lejos de ser un enclave tranquilo y al margen de la guerra. ¿Qué he encontrado de mis abuelos en lo que relata el diario de Mihail Sebastian sobre los años de la

guerra? Una sola y única anécdota: la alegría, una vez llegada la Liberación, de reencontrar sus esquíes y bastones escondidos desde principios de la guerra en el desván de una amiga. Estaba estrictamente prohibido que los judíos los poseyeran, descubrí. Recuerdo el equipo de alpinismo que Harry y Gabriela habían escondido en el sótano de su edificio, «por si acaso», como me explicaron sonrientes cuando yo era niña. ¿«Por si acaso» qué? «Por si acaso» hubiese que huir por los tejados. «Por si acaso» se los llevaban. «Por si acaso» los deportaban. Pero no dijeron eso. Y como a la postre nada de ello sucedió, los dos acabaron pensando que no les había ocurrido nada.

No eran pocos los que iban a beneficiarse de esto.

LA PALABRA INDEBIDA

El mariscal Antonescu cayó en 1944, derrocado por todos los partidos políticos —entre ellos los comunistas, muy minoritarios— que se habían aliado con el joven rey Miguel, restablecido en el trono desde 1940. Así, Rumanía rompió con la Alemania nazi, le declaró la guerra y pasó los últimos nueve meses del conflicto luchando junto a los Aliados. Los soviéticos, que ya ocupaban parte del país, escogieron el 23 y 24 de agosto de 1944, el mismo día de la liberación de París, para entrar en Bucarest, convirtiendo de esta forma la capital rumana en parte de un vasto movimiento de resistencia y renacimiento europeo. Hubo un nuevo golpe de Estado en 1947: los comunistas tomaron definitivamente el poder en Rumanía y, desde entonces, también el control del relato nacional y de la memoria. Ellos habían sido los enemigos declarados de los fascistas. ¿Cómo posicionar, entonces, a este flamante país comunista? ¿Del lado de los vencedores o del lado de los vencidos? ¿En el bando de los verdugos o en el bando de las víctimas?

Contrariamente a lo que yo podría pensar, no solo los fascistas venidos a menos se aprovecharon de esta confusión y trataron de atenuar la responsabilidad rumana en la masacre de los judíos: a los comunistas también les interesaba esto último. Un país comunista no podía haber atacado a los judíos. El negacionismo de unos fue de la mano del revisionismo de otros. La Shoah se fue olvidando poco a poco en Rumanía, hasta que todo se disolvió en una pirueta conmemorativa. Mis abuelos, que salieron indemnes de la guerra, se sumaron a aquel gran borrado, muy conscientes de que participaban, a su modo, en esta reescritura de la historia. No fue cinismo ni cálculo en su caso, sino más bien la voluntad,

incluso la urgencia, de poner fin a una amenaza perpetua. La convicción, arraigada en el cuerpo, de que había que avanzar.

A partir de 1945, Rumanía juzgó en su propio suelo a sus criminales de guerra. El mariscal Antonescu no fue llevado ante el Tribunal de Núremberg, a diferencia de la élite nazi. Lo fusilaron al año siguiente en Bucarest. Su juicio permitió establecer una línea de defensa que todavía comparten algunos historiadores nacionalistas. El Conducator (así se hacía llamar él) se jactaba de haber aplastado a los legionarios, una milicia de extrema derecha, y de no haber entregado a «sus» judíos a los alemanes. Es cierto que los rumanos se encargaron ellos mismos de su exterminio en las provincias orientales. En cuanto a los ciento treinta mil judíos rumanos enviados a Auschwitz, provenían del norte de Transilvania. Esta región había cambiado de bandera durante la guerra y había quedado bajo control húngaro. Rumanía, en consecuencia, podía eximirse de toda responsabilidad.

El Conducator también afirmaba haber «protegido» a los judíos de Bucarest y del Viejo Reino, es decir, de las regiones centrales que formaban el trazado original del país, su cuna. Es un hecho que ni Mihail Sebastian ni mis abuelos fueron deportados. A decir verdad, escaparon por los pelos. Todo estaba preparado —hasta los trenes— para enviarlos a morir en Polonia. El Estado Mayor de las SS y el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán habían elegido el campo de Belzec para exterminar a los judíos rumanos. El lugar fue reformado y se construyeron seis nuevas cámaras de gas para alojar a los recién llegados. En septiembre de 1942, el campo de Belzec estaba en condiciones de exterminar una afluencia diaria de dos mil rumanos en tres horas. Purificación étnica, aceleración del ritmo. En Bucarest, el mariscal Antonescu aprobó la deportación de «la totalidad de la población judía». El historiador Jean Ancel ha exhumado cada etapa de este proyecto, que la administración rumana preparó en silencio y que la prensa alemana entonces relató en tiempo real.

La operación se interrumpió en el mes de octubre, no para salvar a los judíos rumanos, sino para utilizarlos como moneda de cambio. El mariscal Antonescu esperaba que Adolf Hitler le «devolviera» el norte de Transilvania a Rumanía y que reconociera los sacrificios del ejército rumano en Stalingrado, al lado de los alemanes. El jefe de Estado rumano

quería algo a cambio y suspendió la deportación de sus judíos a la espera de una respuesta de Hitler. En el año 1943 empezó a vislumbrarse una posible derrota de los nazis. El mariscal Antonescu imaginó otro escenario. La no deportación de los judíos podría servirle como salvoconducto frente a los Aliados. Podría pasar por su salvador, después de haber sido su verdugo. En Bucarest, los judíos salvaron sus vidas por casualidad, gracias a una serie de decisiones cada vez más oportunistas, sostiene la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine. No obstante, la imagen del líder fascista travestido en benefactor quedó grabada en piedra.

La justicia rumana se mostró clemente con los secuaces del régimen de Antonescu. Numerosas condenas a muerte fueron conmutadas por penas de cárcel que, en muchos casos, terminaban a finales de los años cincuenta. Por otra parte, el Partido Comunista Rumano carecía de cuadros y militantes. Había que aumentar el número de efectivos. La historiadora Catherine Durandin considera muy probable un pacto entre los legionarios del pasado y los comunistas del futuro. Los antiguos fascistas se convertirían de la noche a la mañana en perfectos estalinistas. El Partido Comunista tuvo que reconciliarse con un pasado no depurado, incluso dentro de sí mismo. Los judíos que harían carrera allí, como mis abuelos, se codearían con diversos actores de la «Solución Final» en Rumanía. Todo ello en el gran contexto tácito de la nueva camaradería comunista, que exigió dejar en un segundo plano el asunto de los orígenes.

Los antiguos fascistas guardarían silencio. Los judíos guardarían silencio. Harry y Gabriela Greenberg guardarían silencio. Los fascistas porque eran los antiguos adversarios. Los judíos porque muy pronto se les arrebatarían los motivos para hablar en su nombre. Los comunistas tomaron rápidamente el control de los tribunales populares encargados de juzgar los crímenes de guerra. Los convirtieron en una herramienta de propaganda. Presentaron a los fascistas como enemigos políticos, como enemigos del pueblo y enemigos del proletariado, mucho más que como enemigos de los judíos. De esta manera, la justicia estalinista borró los crímenes específicos contra los judíos. La palabra «judío», de hecho, figuró cada vez menos en las sentencias. Ya no se les reconoció a los judíos su condición de víctimas. ¿Podían considerarse como tales? ¿Les interesaba esta condición?

Al final, los comunistas emprendieron una vasta labor de falsificación. De la guerra, en Rumanía no se retienen más que los últimos nueve meses: un país al servicio de la libertad, combatiendo junto a los soviéticos y a los aliados en una guerra «justa». Se minimizó la magnitud de la Shoah y se responsabilizó por completo a los alemanes. Y con razón: un país comunista no debe tener en su conciencia un genocidio judío. Por otra parte, ¿de qué judíos estamos hablando? Más allá de los juicios, la Rumanía comunista proscribió la palabra «judío». El etnólogo Andrei Oișteanu constata que en aquella época el término fue erradicado de las novelas y de los textos de ciencias sociales. Con la excusa de contrarrestar la literatura y la prensa de la preguerra, que estaban obsesionadas con el peligro judío, el Partido se negó a nombrar a los judíos para no estigmatizarlos. Pero, al hacerlo, acabó borrándolos. Y Andrei Oișteanu nos recuerda que en un régimen totalitario «si no se habla de algo es que no existe».

EL NOMBRE INDEBIDO

Este silencio, por excesivo que fuera, les convenía perfectamente a Harry y a Gabriela. Cuando los tanques rusos entraron en Bucarest, mis abuelos juraron que nunca más los obligarían a ser los judíos que ellos no habían querido ser. Se esforzarían por vivir como todo el mundo, ajenos a la «cuestión judía», libres de toda «condición de judíos», de toda «situación de víctima»; en pocas palabras, de todo pasado. Les convenía el efecto de amnesia que suscitaba el discurso oficial. Esperaban un mundo nuevo, aquí y ahora. El derecho a hacer balance y el deber de recordar no les preocupaban en absoluto. El Partido Comunista se movía a gran velocidad e incidía en las instituciones. El tren estaba en marcha, había que subirse y no mirar atrás.

Su primera decisión consistió en cambiar de nombre, al igual que tantos otros. Es cierto que Greenberg estaba volviéndose incómodo, un patronímico marcado con el doble hierro del judaísmo y de un continente enemigo: América. El gran psicólogo Serge Moscovici comenta esta manía con una pizca de crueldad: «El régimen del mariscal Antonescu había querido eliminar a los judíos. Los comunistas del aparato querían, por su parte, eliminarse a sí mismos como judíos y rumanizaban todos los apellidos».

Harry Greenberg emigró dos veces en su vida, como su padre antes que él y como el padre de su padre antes que ellos dos. El abuelo de Harry se llamaba Moise Grunberg. Había nacido en Balaclava, Crimea, hace dos siglos, en los confines del Imperio ruso, allá donde el zar había expulsado a los judíos. Los jóvenes de aquella comunidad eran objeto de un reclutamiento militar especialmente largo e injusto. Moise se vio obligado a

huir de Crimea y a reinventar su vida en Rumanía. Su esposa, Fanny, trajo al mundo a seis hijos.

Su primer hijo, Elias, nació en 1861. Elias fue el padre de Harry, mi bisabuelo. A finales del siglo XIX, la historia se repitió. Los hombres judíos le debían al nuevo rey de Rumanía siete años consecutivos de servicio militar. Elias no tuvo más remedio que huir de su país. Para colmo, una enmienda constitucional había restringido tan drásticamente el acceso a la ciudadanía rumana que la cuestión del estatuto de los judíos rumanos, que fueron los últimos en emanciparse en Europa, levantó polémica en París, Londres, Berlín y Nueva York. En el Reino Antiguo, la comunidad judía se dividía y desintegraba. Se produjeron los primeros éxodos a Tierra Santa y los primeros éxodos a América. Elias fue uno de los que cruzaron Europa a pie para luego embarcar desde Francia hacia el Nuevo Mundo.

Al llegar a Estados Unidos, Elias Grunberg fue rebautizado, lo mismo que otros inmigrantes que pasaron por Ellis Island. Grunberg se convirtió en Greenberg. Le quedaba bien. «El hábito no hace al judío, que se quita el apellido como quien se quitaría una prenda de vestir», ha dicho la socióloga Nicole Lapierre. En la tradición hebrea, solamente el nombre de pila cuenta como elemento de pertenencia a la comunidad; el patronímico es una creación posterior. En consecuencia, Elias mantuvo su nombre de pila bíblico y modificó su apellido.

Se mudó a Houston (Texas), prescindió de todo, durmió sobre papel de periódico y ahorró hasta el último céntimo para traer a su hermano Simeon. Los dos montaron un pequeño negocio, una planta de procesamiento de plumas y producción de plumones para edredones y almohadas. Los siguieron el resto de sus hermanos y hasta sus padres, Moise y Fanny, se marcharon de Rumanía. Todos los Grunberg se convirtieron en Greenberg. Y Elias, al fin, se naturalizó el 8 de agosto de 1906; lo declaró ciudadano estadounidense el 55.º Tribunal de Justicia del condado de Harris, de acuerdo con un glorioso documento que ha pasado de generación en generación. Por entonces acababa de casarse y había dado la bienvenida a dos hijos, Gertruda y Harry. ¡Basta de nombres judíos! Mi abuelo, Harry Greenberg, nació tejano. Un tejano de verdad. Y yo, ¿por qué no lo soy?

En el cementerio Beth Yeshurun de Houston yacen todas las tías, todos los tíos, todos los primos y antepasados de Harry. Solo faltan sus padres,

mis bisabuelos. La razón es muy sencilla. Añoraban su tierra y optaron por volver a Rumanía. En 1908, emprendieron el viaje en sentido contrario, por no decir a contracorriente de la historia. Una decisión desastrosa, si bien edificante en retrospectiva. ¿Cómo pudieron volver a Europa a principios del siglo XX, justo cuando una masacre de judíos en Kishinev, muy cerca de Rumanía, acababa de horrorizar al mundo entero? Su hijo Harry, pequeño estadounidense de tres años, viviría dos guerras mundiales en Rumanía en vez de crecer en un continente a salvo de los campos de batalla. Pobre Harry Greenberg, con un nombre judío en el apogeo del fascismo rumano, en el apogeo del pogromo de Bucarest, en el apogeo de una dictadura militar aliada de los nazis. Pobre Harry Greenberg más tarde, con un nombre estadounidense en plena toma comunista del país, en plena República Popular, en plena Guerra Fría. Harry Greenberg o cómo llevar, durante treinta años, el nombre equivocado en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

COMO UNA NOVELA

Podrían, como tantos judíos, haber transformado la ortografía de Greenberg. Podrían haberlo traducido al rumano, haber jugado con las letras de su nombre, incluso haber intentado un anagrama completo. Podrían haber conservado al menos sus iniciales. Las iniciales son valiosas, indican quién eres. En lugar de esto, en un gesto radical e inesperado, Harry y Gabriela eliminaron Greenberg de sus documentos y se fabricaron un nombre del todo nuevo, un apellido que no venía de ningún sitio. Bueno, sí, venía de una novela.

Nada intimidaba a mi abuela, ni siquiera el hecho demiúrgico de autoengendrarse. No era cuestión de rebautizarse a medias, mucho menos de ocultarlo. No fue para disimular sus orígenes judíos por lo que cambiaron de apellido —al contrario, se habían mantenido firmes en este punto—, sino por sed de futuro y por convicción. Inventarían una nueva vida construyendo un nuevo mundo. Así, Greenberg se transformó en Deleanu.

¿Deleanu? El nombre de una heroína de una novela. ¡Típico de Gabriela! Olguta Deleanu, hija de una familia de grandes terratenientes. Su hacienda, la Medeleni, dio título a una saga en tres volúmenes, publicada en Rumanía en los años veinte con gran éxito de ventas. Olguta la amante, Olguta la atormentada... La joven, enamorada de un hombre mayor, quiere seguirlo hasta América, descubre que está enferma de cáncer y acaba suicidándose. Muy afligidos, los Deleanu deciden vender Medeleni porque la tierra les recuerda para siempre a esta hija perdida...

Jamás había sospechado que el nombre de mis abuelos, y por consiguiente el apellido de soltera de mi madre, pudiera venir de allí. En cuanto lo supe, me quedé muda. Hay algo sabroso en el hecho de que mi

abuela eligiese un apellido de terratenientes en medio de un régimen que iba a colectivizarlo todo por la fuerza. Por otra parte, Gabriela quizá se vengaba de su infancia sin padre inspirándose en el personaje de una heredera. Pero ¿por qué este destino melodramático? ¿Qué mosca le picó? Mi hermana sonrió al oír la historia y me recordó que la misma Gabriela, ya anciana, aunque se preciaba de hablar cinco idiomas y de leer a los filósofos alemanes en su lengua original, al mismo tiempo devoraba discretamente todas las novelas de Danielle Steel con el pretexto de... no perder su inglés.

Cuando uno elige su nombre, no solo piensa en sí mismo. Renombrarse es también pensar en cómo han de llamarte los demás y, por lo tanto, en qué trato te darán. Harry y Gabriela habían sufrido por sentirse judíos a los ojos de los demás. Eso no volvería a ocurrir. «Deleanu» fue un apellido elegido, al fin y al cabo, en armonía con el Partido. Hagamos *tabula rasa* del pasado. «Deleanu» decretaba una nueva historia, completamente inventada. Una historia en la que los judíos no serían los buenos ni los malos. Una historia en la que los judíos y sus apellidos cargados de odios ancestrales, teñidos por un genocidio muy reciente en Europa del Este, no desempeñarían ningún papel. En realidad, el asunto era muy sencillo: adiós apellido judío, adiós judío. Y viceversa.

Los comunistas prometían una sociedad igualitaria, sin distinción de raza, de clase o de religión, sin discriminación alguna. Camaradas, únicamente una suma de camaradas y camaradas. El triunfo de la «raza humana». Mis abuelos creían en esto con todas sus fuerzas. Unirse al Partido era la oportunidad para reinventarse una historia. Tanto que fueron a buscar su nuevo apellido en la ficción.

Hoy sé que esta ficción duró tan solo un puñado de años, antes de que le diera alcance la realidad. Ser judío en Rumanía. Al fin y al cabo, ¿qué otro país ha vendido a sus judíos a cambio de cerdos?

LOS COMUNISTAS



EL FABULOSO DESTINO

En 1945, poco antes de la nacionalización de los bienes, Harry y Gabriela se convirtieron en propietarios. Compraron una hermosa casa modernista con jardín en la que vivieron hasta que abandonaron Rumanía. La casa estaba situada en el número 47 de la calle Tepes Voda, en una zona tranquila y con huertos. Un barrio obrero del este de la capital, lo contrario de las mansiones suntuosas que tanto enorgullecían al oeste de Bucarest en los tiempos previos a la guerra.

El sector, llamado Popa Nan, escapó milagrosamente a las excavadoras de la república socialista, a sus ciudades dormitorio, a sus arterias megalómanas y a esos palacios desproporcionados con los que soñaba un dictador fuera de sus cabales. La casa de mis abuelos sigue en pie. En el legajo «Deleanu» de la Securitate, donde figuran mil rumores, pero también se consignan las escuchas telefónicas que precipitaron su caída, aparece el antiguo número de teléfono: 5-04-94. La policía secreta vigilaba a los rumanos hasta en lo más profundo de su intimidad, recopilando toda clase de información sobre sus actos. Tarde o temprano, podría serles útil.

El legajo de mi abuela muestra, en primer lugar, su irresistible ascenso. Casados desde hacía ya diez años, Harry y Gabriela Deleanu esperaron al final de la guerra para permitirse un hijo y, después, un segundo. Lena, mi tía, nació en 1945 y Marina, mi madre, en 1947. Gabriela quiso detenerse ahí. Tenía treinta y cinco años. Un mundo se estaba erigiendo y ella deseaba formar parte de él: era el momento de hacer carrera. Acababa de inaugurarse el primer centro de instrucción, educación, cultura y propaganda del Partido Comunista Rumano, se definía el programa de formación de cuadros y esto le interesaba a mi abuela. En 1948, Gabriela se matriculó en la escuela de verano del Partido, en Timis. E instaló a su

madre, Roza, a su hija de tres años y a su bebé cerca del centro para verlos entre sesión y sesión. Así, pudo asistir a las clases nocturnas. No le faltaban méritos académicos en el viejo mundo, pero debía demostrar que estaba dispuesta a «reaprender».

Muchos profesores habían sido expulsados de la universidad y sus puestos se reservaban para los miembros más fervorosos del Partido. Consciente de las oportunidades que pronto se le abrirían, Gabriela dejó la educación de sus hijas en manos de Roza y se dedicó a escalar posiciones. Una carrera ejemplar de militante inteligente y ambiciosa. En su expediente de la Securitate, un amasijo de rencores, envidias y ajustes de cuentas, Gabriela es descrita como «dinámica», «individualista», «testaruda», «arribista». En efecto, mi abuela escaló alto y veloz.

En 1947, Gabriela ingresó en la sección de música del Partido. Obtuvo una cátedra de Musicología en el Conservatorio Nacional. Su ascenso causó escalofríos hasta en el seno de la gran familia Sanielevici, a la que Gabriela, privada de un padre ilustre, quería impactar con su brillante éxito. El clan tenía la lengua afilada. Los primos llegaron a murmurar que tal vez Gabriela estuviera engañando a todo el mundo con diplomas falsos. Mi nombre proviene de Sonia, una pediatra de Bucarest, también miembro del Partido Comunista. Sonia era hija del tío Emil Sanielevici, reputado biólogo. Ella y mi abuela se apreciaban mucho, pero esto no impidió que Sonia, mucho después de la muerte de su prima, pusiera en duda los títulos de Gabriela en presencia de nosotras, sus nietas.

Los comunistas no se ganaron Rumanía con facilidad. Tuvieron que conquistarla. La historiadora Catherine Durandin describe su método como una mezcla de «persuasión-seducción» y «represión-terror». Mis abuelos probablemente oscilaron entre ambas. Tenían un genuino deseo de construir una nueva sociedad y de asegurarse un lugar en ella. Pero avanzaban con un sentimiento de angustia. Los comunistas no persiguieron a los antiguos fascistas por mucho tiempo. En cambio, acosaron a las viejas élites, que por un lado pagaron el precio de su extracción social y, por el otro, soportaron la pesadilla de ser asimiladas a las «clases dominantes». Harry, burgués, ingeniero, director de fábrica. Gabriela, intelectual de linaje prestigioso, música, profesora de francés. Sospechosos, inevitablemente sospechosos. La Revolución Roja tronaba, ¿no convenía que, cuanto antes, Harry y

Gabriela demostrasen su valía? ¿No convenía que, a toda costa, se presentasen como «amigos del pueblo»?

Los comunistas confiscaron rápidamente las propiedades de los empresarios, intimidaron a sus oponentes políticos —hasta que se constituyó un partido obrero único, en 1948—, tomaron el control de la prensa y realizaron innumerables detenciones con el objeto de aturdir a la opinión pública. Los cargos eran diversos: «explotadores» se refería a cualquiera que hubiera empleado a otros; «burgueses cosmopolitas» englobaba a los masones, los judíos no comunistas, los sindicalistas, los intelectuales o los artistas que se mostraban independientes; «especuladores» apuntaba a los comerciantes y a las profesiones liberales en general; «lacayos de los explotadores» permitía incriminar a policías, gendarmes, soldados, abogados, magistrados, pero también a profesores y, por qué no, al clero. Sin su carnet del Partido Comunista, mis abuelos habrían cumplimentado todos estos casilleros y se habrían sentido, otra vez, preocupados, censurados y perseguidos.

Por supuesto, mis abuelos nunca hablaron de esta inquietud. Como tampoco hablaban del miedo que sintieron durante la guerra. No me cabe duda de que estaban agradecidos a los soviéticos por haber puesto fin al fascismo. No me cabe duda de que deseaban de corazón un nuevo orden igualitario. Harry y Gabriela Deleanu eran comunistas sinceros, hasta idealistas. Es más, antes del final de la guerra habían comprado un libro de texto ruso para aprender el idioma, lo que les supuso un gran riesgo bajo el yugo fascista. No obstante, me pregunto si mis abuelos tuvieron realmente elección una vez finalizado el conflicto. Catherine Durandin detecta «una mezcla de convicciones y de sálvese-quien-pueda en estas afiliaciones al Partido que ocurrieron entre 1945 y 1948». De nuevo, la necesidad de salvarse.

A finales de la década de los cuarenta emergió una nueva clase dirigente, decidida a vengarse. Las instituciones se refundaron en 1952, completando la soviétización de la sociedad rumana y permitiendo así que la nueva élite se hiciera con las riendas del poder. El Partido fue colocando a sus miembros más leales en todos los puestos clave del Gobierno. En la posguerra inmediata, Harry siguió trabajando en la fábrica Gallia. Más tarde dirigió la Oficina de Patentes e Inventos y, por último, ocupó un importante

escaño en el Consejo Municipal de Bucarest: lo nombraron responsable de todas las industrias de la capital y alrededores. También impartió clases en el Instituto de Ciencias Económicas y Políticas.

Por su parte, Gabriela creó la Orquesta Nacional de la Cinematografía Rumana. Fue directora administrativa de esta prestigiosa agrupación, encargada de producir música para películas y de dar conciertos en las principales salas de cines. El primer secretario del Partido, Gheorghe Gheorghiu-Dej, había situado al séptimo arte en el corazón del aparato de propaganda. Se construyeron unos enormes estudios cinematográficos, los más grandes de Europa del Este, a unos veinte kilómetros de Bucarest: en Buftea. Gabriela Deleanu ocupaba un puesto especial. Se le permitía viajar, un raro privilegio ya que las fronteras estaban cerradas. Mi abuela viajó en misión a Viena (¡al otro lado del telón de acero, a Occidente!) y acompañó a Checoslovaquia, en dos ocasiones, a ciertas delegaciones artísticas y culturales enviadas por el régimen.

También obtuvo un permiso para visitar anualmente Karlovy Vary, hermosa ciudad balneario checoslovaca que había sido un punto de encuentro muy popular en la Mitteleuropa de fines del siglo XIX y que, después de la Segunda Guerra Mundial, frecuentaban altos cargos del Partido y algunos artistas de moda. Desde los años treinta se celebraba allí un popular festival de cine. Gabriela, que sufría de artritis, se curó en Karlovy Vary con unos baños radiactivos. Las minas de uranio de Jáchymov estaban a pocos kilómetros. Los pacientes se sumergían en un agua cargada de radón y lo hacían con una cajita negra que sujetaban a la nuca mediante unas bridas de cuero. Mi abuela afirmaba que no podía prescindir de este tratamiento milagroso.

En cuanto a las pequeñas Deleanu, Lena y Marina, resultaron ser unas estudiantes muy aplicadas. En la escuela seguían al pie de la letra el plan de estudios para camaradas en ciernes y llevaban con orgullo el pañuelo de los «pioneros», un movimiento comunista inspirado en el escultismo. Muy a conciencia, se preparaban para ingresar algún día en las Juventudes del Partido. Pero, a la postre, solamente Lena tendría tiempo de alistarse, antes de que la familia abandonara el país. Desde la escuela primaria, mi madre y su hermana habían sentido, por las miradas de los profesores y los demás padres, que ellas dos gozaban de una condición especial y, por supuesto,

envidiada: la de los niños cuyos padres eran miembros del Partido. Más aún, miembros influyentes del Partido.

EL OLVIDO

¿Quién se habría atrevido a frenar la máquina? ¿Quién habría tenido el coraje de nadar contra la corriente en este mar lleno de oportunidades que aprovechar, pero también de amenazas que esquivar? ¿Quién habría querido destacarse entre la multitud? ¿A quién se le habría ocurrido defender su identidad judía y exigir justicia? No fue el caso de Harry y Gabriela. La nación estaba enterrando su pasado antisemita, los judíos estaban enterrando su sufrimiento. Lo uno no ocurría sin lo otro. El nuevo mundo podía contar con ellos. Los comunistas podían contar con ellos. Ellos eran «los comunistas».

A partir de este momento, los recuerdos de mis abuelos siguieron siendo sus recuerdos, salvo que ellos empezaron a narrarlos como si hubiesen sido vividos por unos extraños. En su opinión, lo que les había sucedido no tenía vínculo alguno con la identidad judía. El psicoanálisis probablemente habría descrito a Harry y Gabriela como «disociados», como personas que activan sus defensas contra lo peor que puede sacar a relucir la memoria: un miedo extraordinariamente intenso. Mis abuelos, incluso cuando evocaban la furia asesina de un pogromo, no perdían nunca su media sonrisa.

Es cierto que el proyecto comunista aliviaba esta disociación. Es cierto que su memoria había sido engullida por el olvido progresivo y colectivo de la aniquilación de los judíos rumanos. Pero a veces me pregunto si Harry y Gabriela no se encontraban en un callejón sin salida. Si esta imposibilidad de ubicarse en un drama que los sobrepasaba no era propia de aquellos a los que finalmente «no les pasó nada».

Antes que ellos, sus ancestros habían sufrido pogromos y leyes antisemitas. Para mis abuelos, entonces, la guerra supuestamente se había reducido a esto. Nada que no hubiera ocurrido ya en Rumanía. Ningún

acontecimiento singularmente radical y sin equivalente en el pasado. Bueno, sí: su deportación programada al campo de exterminio de Belzec. Pero, al final, la deportación no se había producido. «No ha lugar», si usamos la jerga judicial. Y es en esta «no-deportación», en este «no-lugar», donde a mi entender reside algo terriblemente pesado y complejo. Algo no formulado explícitamente: que los judíos de Bucarest ignoraban su destino futuro, que solamente sentían cómo acechaba la muerte. Algo, por otra parte, que esconde cierta culpa: los judíos de Bucarest no fueron diezmados como los demás judíos de Rumanía o, más ampliamente, como los judíos de Europa. ¿Podían Harry y Gabriela llamarse a sí mismos «supervivientes»? ¿Podían transmitir algo que no les había ocurrido a ellos? ¿Cómo describir esta amenaza que los roía, los habitaba, los perseguía, pero nunca se concretó en su caso? Durante la guerra, Mihail Sebastian evoca «una especie de opresión cardíaca que produce un sofoco continuo». Algo que no se llama muerte, sino miedo a morir.

Para nosotros, los nietos de Harry y Gabriela, se plantea el interrogante de la herencia. Nosotros, a quienes el historiador Ivan Jablonka llama los «hijos de la Shoah» de la segunda y la tercera generación. La primera generación incluye a los niños que sobrevivieron a las masacres. La segunda, a sus hijos. La tercera generación (o «generación 2,5», como también dice Jablonka) incluye a los hijos de sus hijos. Estos últimos «han heredado, *nolens volens*, una historia que se ha convertido en la suya propia», explica el historiador, con la salvedad de que los nietos constituyen una generación de «herederos no traumatizados», que solamente han recogido recuerdos indirectos y, por lo tanto, tienen la libertad de recrear la historia de sus abuelos como mejor les parezca. ¿Recrear qué, exactamente qué, en mi caso? El gran vacío de la zona blanca. Algo que habría amenazado a los judíos que no se sentían judíos. Algo que finalmente no les ocurrió a unas personas que finalmente no sintieron nada. Todo ello en un país que finalmente lo olvidó todo.

LOS BURGUESES

El olvido fue benéfico. Permitió la conquista comunista. Permitió después una Rumanía nueva, relativamente estable, pacífica y unida. Unida hasta que el país intercambió a algunos de sus ciudadanos —a algunos de sus judíos, qué casualidad— por ganado y los vendió como si fueran una vulgar mercancía. Pero esto ocurrió más tarde. Mientras tanto, Harry y Gabriela tuvieron una década agradable. Se lo merecían. La posguerra había sido febril, marcada por sospechas y dictámenes. Había que apresurarse, mostrar las credenciales y trabajar mucho para afianzarse. Ganarse un lugar bajo el sol comunista. Desde los primeros años, el propio Partido había conocido purgas y luchas internas.

Todo esto había quedado atrás. Harry y Gabriela habían optado por el bando correcto. Estaban bien instalados y pensaban disfrutarlo. No en términos económicos: mis abuelos jamás trataron de usar sus cargos para llenarse los bolsillos. Eran modelos de rectitud, con una integridad que a veces rozaba la rigidez, impermeables a todas las formas de corrupción que aquejaban al régimen. No obstante, sin buscar enriquecerse, consiguieron ofrecerles a sus hijas una infancia y una adolescencia confortables. Un bienestar intelectual y material que hoy yo calificaría de «burgués». Estoy buscando, pero no encuentro otro adjetivo. ¡Burgueses en el seno de la República Popular! Pues sí, los había.

Mis abuelos pasaban las vacaciones de invierno en la montaña y las de verano a orillas del mar. En estos lugares de vacaciones, el régimen había nacionalizado varios edificios: antiguos hoteles y mansiones de rumanos ricos que habían sido expropiados. Los edificios se habían convertido en «casas de reposo». Determinadas empresas e instituciones se repartían la gestión de estos lugares y allí enviaban a sus mejores empleados. Había

casas para obreros, para intelectuales, para artistas al servicio del régimen, para ejecutivos, para miembros importantes del Partido...

Mi madre recuerda haber esquiado en Sinaia, una estación donde el antiguo rey había mandado construir varios palacios. La familia Deleanu ocupaba allí, en medio del bosque, un bonito chalet. En verano, iban a Vasile Roaita, una estación balnearia donde todas las residencias pertenecían ahora al Estado. Los pasillos de los viejos hoteles habían sido equipados con altavoces que difundían sin parar la propaganda del Partido. Esto enfurecía a mis abuelos, que no se dejaban adoctrinar tan fácilmente, ¡y que tampoco pensaban privarse de sus siestas veraniegas! Harry sabía desconectar discretamente aquellos altavoces tan molestos. Se había convertido en su especialidad. Sacaba a hurtadillas una silla de la habitación, colocaba a cada una de sus hijas a un extremo y al otro del pasillo y, con la ayuda de una navaja, silenciaba rápidamente la cháchara pregrabada. Era una operación muy peligrosa, ya que podía interpretarse como sabotaje político.

El mes de agosto transcurría entre baños de lodo por la mañana y juegos en la playa por la tarde, bajo un sol abrasador. Los álbumes familiares están llenos de sombrillas, lonas, toallas, palas y cubos. Las fotos amarillentas podrían hacer pensar en unas vacaciones normales, pero la zona fuera de cuadro narra una historia diferente. En cuanto la luz empezaba a menguar, dos jinetes cabalgaban ceremoniosamente por la orilla, arrastrando tras ellos una especie de rastrillo enorme, muy ancho, que con sus dientes arañaba la arena. Los surcos servían para que los veraneantes no olvidasen que el mar era una frontera. Ay de quien plantara un pie y dejara su huella en la zona demarcada al atardecer. Ay de quien se atreviera a acercarse al agua. Los guardacostas temían una fuga en balsa. Rumanía, una prisión al aire libre.

Más allá de las vacaciones, Harry y Gabriela reproducían los modales de las buenas familias de antes de la guerra. Pese a la prohibición del régimen, conservaban sus lenguas extranjeras. Aunque eran comunistas convencidos, el ruso no era su prioridad. Habían adquirido rudimentos de esta lengua cuya enseñanza era obligatoria en la escuela. Pero a mis abuelos les encantaba el alemán, que les habían inculcado de niños. Harry también cultivaba su amado italiano, que había adquirido durante sus años de estudiante. En cuanto a Gabriela, quería aprender inglés y transmitir a sus

hijas su pasión por el francés. Para esto último, los Deleanu recibían la visita de una *mademoiselle*, señal de que el suyo era un hogar respetable.

Desde los seis años, Lena y Marina tuvieron como profesora de francés a la Madre Hélène. Esta monja pertenecía a la congregación de las Hermanas de Sión. Su orden había abandonado precipitadamente la capital rumana durante la guerra. Ella se había quedado sola y sin recursos en la ciudad. Las lecciones de francés eran su único medio de subsistencia. Si tenía éxito con ellas era porque, además de su paciencia inagotable, la Madre Hélène escondía en Bucarest un tesoro muy codiciado: una muy completa colección de manuales de francés. Anticuados, por supuesto, pero imposibles de encontrar. Mi tía y mi madre aprendieron el idioma mediante las aventuras de Roger y Colette, que jugaban con barquitos en el estanque de los jardines de Luxemburgo, en París. Esto les resultó muy útil cuando llegaron a Francia. Mientras tanto, en los institutos rumanos fue permitiéndose el francés, aunque al principio limitado estrictamente a una hora de clase por semana.

No se trataba de opulencia, menos aún de libertad. La familia Deleanu no escapaba a las diversas, frecuentes y muchas veces absurdas carestías que complicaban la vida en Bucarest. Además, el Partido mantenía a la población bajo presión. Cualquiera cosa te colocaba en la línea de fuego y te ponía en peligro. Gabriela conservaba su gusto por lo elegante, que había adquirido antes de la guerra, así como sus habilidades de costurera, adquiridas durante la guerra. Un día se le ocurrió remendar un viejo esmoquin que había pertenecido al marido de una amiga y hacerle una chaqueta a Lena. Forró el interior con guata y la cubrió con un tejido de punto amarillo brillante, proveniente de un jersey de playa de mi abuelo. El resultado quedó muy bien. Demasiado bien, de hecho. Desde luego, Lena iba a la escuela con uniforme, pero por la ciudad llevaba esta chaqueta. El director convocó a mi abuela y le pidió que demostrara que no era una prenda traída de contrabando del Oeste. Podrían haberla detenido por algo así. Nadie escapaba a las obsesiones del régimen, ni siquiera los miembros de la élite.

Cuando hablo de burguesía, hablo de valores. El comunismo no había cambiado en nada a Harry y a Gabriela. Aún les gustaba lo que les había gustado antes. Les gustaba la literatura y la buena música, les gustaba cenar

rodeados de amigos, les gustaban los paseos por la montaña, les gustaba nadar en el Mar Negro, les gustaba aprender, les gustaba comprender, les gustaba lo bello, les gustaba lo elegante, les gustaba lo inteligente. Nada de lo que el Partido había condenado les causaba repulsión. Nada de lo que el Partido había demonizado les daba miedo. Estaban seguros de sus gustos, de su educación y su cultura. La propaganda, la censura y el arte oficial no habían alterado sus opiniones. No hacían más que acatar las prohibiciones y el nuevo orden. Harry y Gabriela deseaban una sociedad nueva, creían en la reinvencción política. Sin embargo, su afiliación al Partido no equivalía a una ruptura. Ellos seguían siendo los mismos.

No estaban solos en este sentido. Catherine Durandin, en su *Historia de los rumanos*, describe a una clase dirigente que se aferraba a «mitos de identidad y saboreaba apaciblemente las contradicciones más explosivas». En su gran salto hacia delante, la sociedad rumana estaba volcada por completo hacia el futuro y la modernidad, mientras que las clases más cultas y educadas vivían con los ojos clavados en el pasado. Esto era especialmente cierto en el caso de mis abuelos, que habían conocido su edad de oro en el periodo de entreguerras. Parece una auténtica locura, pero Harry y Gabriela, comunistas de primera hora, tenían como punto de referencia los años treinta, un periodo de monarquía, capitalismo, grandes desigualdades sociales y un fascismo ferozmente antisemita. Entonces habían sido felices.

LA AMIGA

La mejor amiga de mi abuela vivía encerrada en sus recuerdos. Se estaba consumiendo. Aunque estaban vagamente emparentadas, Gabriela no había conocido a Lucia Filderman antes de la guerra. Esta mujer, acartonada y arrugada antes de tiempo, era la viuda de un industrial acaudalado. Y envejecía sola desde la muerte de su marido. Los comunistas se lo habían confiscado todo. En un piso de dos ambientes, en una planta baja con una única ventana, Lucia Filderman había amontonado los restos de una existencia que ahora estaba prohibida: un par de guantes bordados, un pequeño sombrero con velo, una vitrina de caoba con incrustaciones, una vajilla en porcelana cocida, miniaturas del siglo XVIII envueltas en marfil... De niña, a mi madre le encantaba sobre todo entrar en aquel antro oscuro y abarrotado. Estos objetos dibujaban una Rumanía que ni ella misma se atrevía a imaginar.

¿Quién, en los años cincuenta, era capaz de concebir la juventud de Lucia Filderman? Nacida con el siglo, había crecido a la sombra de la corte. Su padre, el doctor Krainic, había sido el dentista oficial del rey Carlos I de Rumanía. Había viajado de un palacio a otro con la compañía real. Carlos I era un príncipe venido de Alemania. De su país había importado el rigor, pero también la pompa y el fasto monárquicos. Los más lejanos recuerdos de Lucia provenían todos de aquel ambiente. El coche de caballos del soberano atravesando Bucarest los días de fiesta, las ropas blancas de los campesinos apiñados en las calles, las capas de los caballeros bordadas con una gran cruz, las sotanas bordadas de los sacerdotes ortodoxos, los fracs y los sombreros de copa de los más altos dignatarios de la ciudad... Un mundo fastuoso abolido, denostado y finalmente aniquilado por los comunistas. A veces me pregunto cómo un mismo individuo puede soportar

tanta distancia entre el presente y el pasado, entre lo que ve y lo que ha visto, entre dos realidades que jamás volverán a coincidir. Es como para dudar de todo. Es como para volverse loco.

Sobre todo porque Lucia tuvo una boda pomposa que le abrió las puertas a una burguesía judía extremadamente rica. No tuvo hijos y sus álbumes de fotos acabaron en el sótano de mi tío, amarillentos y olvidados. Nadie ha hojeado esas páginas durante años, nadie es capaz de ponerle hoy epígrafes a esas fotos. Aunque ignoro quién es quién en las fotografías, descubro espléndidas mansiones con salones descomunales, vehículos de tracción delantera exhibidos con orgullo, bodas lujosas, arreglos florales impresionantes, vestidos de raso y soberbias telas bordadas. En los años veinte y luego en los treinta, esta elegante comunidad judía cultivaba el amor por los idiomas. Se hablaba un francés exquisito. París carecía de secretos para ellos.

La guerra, y más tarde los comunistas, acabaron con esta despreocupación. Lucia Filderman enviudó y se quedó sin dinero. Entonces se hizo tan amiga de mi abuela que solía pasar muchas tardes con la familia Deleanu, es decir, con mis abuelos, y a menudo hasta los acompañaba en vacaciones. Una extraña amistad. Aquella gran burguesa no solamente se había vuelto una mujer avinagrada, sino que era intocable a los ojos del Partido, cuyos favores mi abuela había hecho todo lo posible por ganarse. Para colmo, Lucia Filderman nunca había sido una intelectual, mientras que Gabriela se jactaba de frecuentar únicamente a la minoría más culta. ¿Le fascinaba a mi abuela el pasado de su amiga? No provenía del mismo mundo que Lucia, pero compartía su esnobismo.

LOS CAMARADAS

A medida que recompongo cada una de las piezas de este rompecabezas, me pregunto qué clase de comunistas fueron Harry y Gabriela.

Yo los veía en los años ochenta, caídos en desgracia, instalados en un edificio moderno, bien cuidado pero bastante lúgubre, al borde de los bulevares exteriores de París. Dos ancianos aún vivaces que se aferraban a sus costumbres de antaño. Llevaban sombreros de fieltro y grandes abrigos de loden. Nunca salían con la cabeza descubierta. Mi abuela siempre añadía un broche y un collar a su vestimenta: baratijas, «pero así y todo...». Los sábados por la mañana, mi abuelo —rito casi religioso— compraba su *Figaro Magazine*. No se perdía ni un artículo editorial de Louis Pauwels, representante de la franja más dura del periódico. Cada semana, la virulencia derechista de sus notas agujoneaba a los caciques del RPR, el poderoso partido gaullista al que Harry y Gabriela concedían ahora sus votos. Recién llegados a París, mis abuelos se habían alojado a dos pasos de la rotonda de los Campos Elíseos, sede histórica de *Le Figaro*. Habían paladeado el lujo de poder leer libremente un diario conservador. Sentían una proximidad geográfica e ideológica con este periódico.

Mis abuelos no fueron los únicos refugiados del Este, mucho menos los únicos excomunistas, que cultivaron un feroz antibolchevismo. ¿Acaso no habían sido menospreciados por el sistema que ellos mismos habían erigido? ¿No habríamos terminado todos, como ellos, sintiendo una suma de amargura y repulsión? François Mitterrand —la gran figura socialista de mi infancia— despertaba en mis abuelos una franca aversión, al igual que todo lo que se reivindicaba como «de izquierdas». Gabriela ponía los ojos en blanco y se mantenía alejada de la política. Harry, en cambio, se pasó al otro extremo. Veía con asiduidad el *Bébête Show* en la televisión, le

encantaban Jean Amadou y Jean Roucas. Asumía en voz alta su racismo, su rechazo a los negros y a los árabes. Todavía le sorprendía algo que sus padres le habían contado acerca de su niñez: cuando era un bebé en Texas, solía llorar casi hasta ahogarse. Solo una «negra enorme» que trabajaba en la casa era capaz de calmarlo y dormirlo. Harry se partía de risa con esta historia.

Si miro atrás, no veo ni un ápice de lucha de clases en mis abuelos: ni el vocabulario ni el ímpetu. Me divierte imaginarlos en su rol de militantes revolucionarios. Como buena heredera de una aristocracia intelectual, no creo que hubiera cosa que mi abuela despreciara tanto como la mediocridad. ¿Despreciaba ante todo al pueblo? No. Ella creía en una posible educación de las masas, en un acercamiento de las bases al arte y a la cultura. En cambio, los vulgares *apparatchiks* y los codiciosos arribistas del Partido le repugnaban sobremanera. La mediocridad que mi abuela aborrecía había llegado al poder. Según ella, esto era la *nomenklatura*. Y no encontraba palabras suficientemente rotundas para describir la rabia que le causaban semejantes mediocridades. Obedecerles le resultaba insoportable. Gabriela Deleanu había asistido impotente a cómo una pandilla de rufianes e ignorantes saqueaba los ideales comunistas. Estaba furiosa con ellos.

Sé que lloró al enterarse de la muerte de Stalin. Ella misma me lo contó: yo tenía alrededor de ocho años y no me atreví a preguntar quién era aquel hombre. El mes de marzo de 1953 quedaría intacto en su memoria: el «padrecito de los pueblos» dejaba huérfanos a los comunistas. Tanto sollozó mi abuela que se desmayó en la acera. A sus ojos, Stalin continuaba siendo el liberador del yugo nazi, un baluarte inquebrantable contra la extrema derecha nacionalista y antisemita que tanto había hecho sufrir a los judíos rumanos. La desaparición de Stalin significaba el retorno del miedo. Para numerosos judíos que se habían involucrado en la vida política rumana, poco importaba la fe en el dogma comunista que algunos de ellos, por cierto, no sentían o sentían muy superficialmente. Puesto que una luz había llegado del Este en plena dictadura fascista, la salvación vendría de la Unión Soviética. El Partido prometía igualdad de derechos para todos, el fin del odio entre los pueblos.

Mis abuelos, insólitos comunistas muy agradecidos a los rusos, muy deseosos de un mundo nuevo y, al mismo tiempo, muy llenos de

superioridad social y de nostalgia por un pasado no socialista, pagaron muy caras sus contradicciones. No hablo de su posterior exclusión del Partido, pero sí de una vida condenada a la soledad. Sonia, prima de Gabriela, los visitó en París y describió de este modo la situación de mi abuela: «Los exiliados rumanos con más dinero no la recibían porque había sido comunista. Los intelectuales franceses tampoco la recibían. Todos eran izquierdistas en los años sesenta y setenta: los comunistas que habían escapado eran considerados traidores o fascistas disfrazados. Gabriela no tenía afinidad con ninguna diáspora judía. Como inmigrante sin trabajo, le resultaba difícil integrarse a la burguesía de París. Gabriela no encajaba en ninguna parte». Había una cuota de veneno en las palabras de esta prima que se había quedado en Bucarest. Pero también había una cuota de verdad.

¿Cómo habría podido Gabriela imaginarse algo así, ella que en pleno esplendor de su carrera vivía arropada, cortejada y admirada por toda Bucarest? Los años cincuenta habían sido una década exitosa. El fervor estalinista se diluía en el seno de la élite rumana. Muchos presos políticos fueron liberados, los intelectuales recuperaron paulatinamente los puestos confiscados y reanudaron sus carreras interrumpidas, mientras que las publicaciones universitarias se multiplicaron entre 1955 y 1966.

¿Paz y progreso para todos? Excepto para unos pocos. ¿Quiénes? No lo sabíamos, no lo decíamos, no los nombrábamos. La palabra que los designaba había desaparecido. Ellos se habían fundido con la raza humana. Habían ahuyentado el pasado que los diferenciaba, los sufrimientos padecidos en nombre de su diferencia. No podían hacerlo mejor, no podían hacer nada más.

LOS COSMOPOLITAS

Al término de la guerra, un hombre fue a contracorriente del gran olvido. Tenía cosas que decir y que mostrar. Se llamaba Matatias Carp, joven abogado de Bucarest y pianista virtuoso. Por ser judío lo habían excluido del colegio de abogados en cuanto se promulgaron las leyes antisemitas. En enero de 1941, durante el pogromo de Bucarest, Carp fue detenido, al igual que mi abuelo Harry, que iba en el convoy hacia el matadero. En su caso, Matatias Carp fue acorralado en su domicilio, retenido, golpeado y torturado tres días sin parar en el sótano de una comisaría, tras lo cual fue objeto de un simulacro de ejecución.

Por suerte, a la Guardia de Hierro no se le ocurrió registrar su casa, donde él almacenaba ya un gran número de testimonios y expedientes sobre las exacciones del régimen «nacional-legionario». Durante toda la guerra, poniendo en peligro su vida, Carp prosiguió frenéticamente esta empresa casi demencial: probar la persecución de los judíos en Rumanía. Escribía sobre todo por la noche y su mujer mecanografiaba al día siguiente. Logró reunir informaciones de cada uno de los rincones del país, envió emisarios, sobornó a soldados de la Wehrmacht para obtener fotografías. Culminó su obra, escrita «con sangre, sudor y lágrimas», añadiendo cientos de documentos: órdenes, actas, sumarios, informes de los escuadrones del ejército... Llegó a obtener una llave del Ministerio del Interior sobornando al vigilante de seguridad. En 1946, Matatias Carp consiguió al fin publicar *Cartea Neagra*, tres volúmenes editados por cuenta propia. Un monumento. Mil páginas de horror e ignominia que recalcan hasta qué punto «el fascismo rumano se distinguía por ciertas técnicas originales: personas asesinadas a golpes o asfixiadas en vagones sellados con plomo; personas vendidas por los soldados al mejor postor y asesinadas luego por

campesinos que se quedaban con sus ropas; personas literalmente despedazadas, cuya sangre se utilizaba para engrasar las ruedas de los carros, etc.». Todo está allí: el profundo y antiguo antisemitismo en Rumanía; el pogromo de Bucarest minuto a minuto; la implicación del Estado en la masacre de Iași, así como en los asesinatos masivos de Besarabia, Bucovina y Transnistria, cada uno más inaceptable que el anterior.

El Partido Comunista montó en cólera. *Cartea Neagra* no tardó en circular bajo cuerda y acabó cayendo en un agujero negro. No fue hasta la caída del Muro cuando el libro volvió a aparecer en una edición mediocre y sin comentarios. En 2009, por fin, la historiadora Alexandra Laignel-Lavastine lo tradujo al francés con el subtítulo *Le Livre noir de la destruction des Juifs de Roumanie, 1940-1944* («El libro negro sobre la destrucción de los judíos de Rumanía, 1940-1944»), añadiéndole trescientas páginas con notas y con mapas. La Shoah rumana al desnudo.

Matatias Carp fue acusado de «nacionalismo burgués» y luego de «cosmopolitismo». La expresión «cosmopolitas desarraigados» fue acuñada por el mismísimo Stalin. Aludía a los intelectuales judíos «apátridas», judíos «errantes» sin ataduras y, por lo tanto, perpetuamente sospechosos de «antipatriotismo» o de «traición a la patria». El Estado de Israel había nacido en 1948. En vez de alinearse con Moscú, se volcó hacia Estados Unidos. La respuesta de la Unión Soviética fue contundente. Iósif Stalin dio rienda suelta a sus obsesiones antisemitas. Pero los comunistas querían diferenciarse de los fascistas. Una vez más, «lo que no se nombra no existe». En el bloque del Este no había «judíos» ni «problema judío». El problema pasó a ser el «cosmopolitismo». Nuevo mundo, nueva lengua, nueva infamia. Sin admitirlo, mis abuelos llevaban las marcas de todo aquello.

Las grandes maniobras del Partido se desarrollaban ante sus propios ojos, incluso al final de la guerra. Se diría que Harry y Gabriela no querían ver nada. Tras la Liberación, Molotov, mano derecha de Stalin, se decantaba por una mujer como líder de las secciones locales rumanas. Una moldava, Ana Pauker. Una militante ejemplar, con un fanatismo de acero, que no se desvió ni un milímetro cuando su esposo, el comunista francés Marcel Pauker, fue detenido y torturado en la URSS antes de la guerra. Sin

embargo, Stalin rechazó la candidatura de Ana Pauker. Quería a un rumano «de verdad» en el puesto de primer secretario. Nombró a Gheorghe Gheorghiu-Dej, que gobernaría sin fisuras.

Ana Pauker no era una rumana «de verdad». Por las mismas razones que Gabriela Deleanu, mi abuela, por muy ferviente que fuera en el seno del Partido, con certeza tampoco era considerada una «rumana de verdad» y no lo sería jamás. Ana Pauker se llamaba, antes de casarse, Hannah Rabinsohn. Era judía: solo fue la número dos. Pronto, el Partido la culpó de los fracasos de la reforma agraria y se la sacó de encima, con gran brutalidad, en 1952. El año anterior, Stalin había recibido al primer secretario rumano y le había expresado su asombro por el hecho de que en todas las repúblicas populares del Este se hubiera descubierto y detenido a «agentes del sionismo internacional», salvo en Rumanía. «Muy descontento, Stalin le preguntó si acaso no habría relajado su vigilancia revolucionaria y se habría dejado llevar por los sentimientos», relata la historiadora Catherine Durandin. Había que doblegar a los judíos, no ser acusados de debilidad. El hermano de Ana Pauker resultó ser un sionista activo y convencido. Por el contrario, ella no tenía interés alguno en la Tierra Santa. Se mostraba categóricamente laica. Sostenía que las masas rumanas, orgullosas y unidas, debían construir su propia patria en su propio territorio. Mi abuela compartía este credo. La *aliyá* a Israel le parecía, en el mejor de los casos, una tontería y, en el peor, un insulto. Ana Pauker fue detenida. ¿La acusación? «Cosmopolitismo.»

El Partido Comunista tenía sus enemigos internos, los judíos. En Rumanía se inició una campaña de depuración para «liberar al Partido de elementos extranjeros hostiles al proletariado y al pueblo rumano». La destitución de Pauker fue un hecho sensacional. Harry y Gabriela debieron darse cuenta de su importancia. Ese mismo año, Matatias Carp, autor del magistral *Cartea Neagra*, condenado al ostracismo por el régimen, abandonó el país con su mujer y sus dos hijos: dos huérfanos de Transnistria adoptados tras la guerra. Salieron en barco y atracaron en el puerto de Haifa, en Israel. Fumador empedernido, Matatias Carp murió de cáncer de pulmón pocos meses después de su llegada, con cuarenta y nueve años. Agotado de tanto luchar.

LA TRAMPA

Lucia Filderman, la gran amiga de los Deleanu, había pensado en mudarse a Israel, sobre todo porque en la posguerra inmediata, antes de que se rompieran las relaciones diplomáticas con el Estado judío, aquello parecía bastante fácil. Pero el marido de Lucia se estaba muriendo de cáncer de pulmón, y ella le sostuvo la mano hasta el final. Acto seguido, devastada por el dolor, sola y en la misera, tuvo que trabajar por primera vez en su vida. Al principio la contrataron en un taller de encuadernación, después la ayudó mi abuelo. En aquellos tiempos Harry era el jefe de la Oficina de Patentes Técnicas de Bucarest. Lucia obtuvo allí un modesto empleo, pero ¿de qué le servía todo esto en un entorno tan hostil? Era pobre, con un pasado vergonzoso.

Algo había cambiado en Bucarest. En 1957 se reanudaron las purgas y los juicios a intelectuales. El investigador Matei Cazacu pinta el cuadro de «una discreta “rumanización” de los cuadros del Partido y del Gobierno». Funcionarios judíos del Ministerio de Comercio Exterior fueron detenidos y condenados a penas importantes por malversaciones económicas. Se asistía al cierre arbitrario de consultorios médicos, de tiendas y de talleres. Aquellos a los que no se nombraba existían, así y todo. Los judíos vivían amenazados.

Los judíos, no mis abuelos, que ya no se daban por aludidos. Harry y Gabriela Deleanu parecían entonces serenos, incluso rozagantes, muy contentos con su buena suerte, como en la década de los treinta. Me encuentro con este pasaje en el diario de Mihail Sebastian: «En el fondo, los judíos somos de un optimismo infantil, absurdo y algunas veces inconsciente. (Es quizá lo único que nos ayuda a vivir.) En plena catástrofe,

todavía esperamos. “Todo saldrá bien”, decimos siempre en broma, pero lo cierto es que sí creemos que “todo saldrá bien”».

En 1958, Lucia Filderman comprendió que la emigración a Israel volvería a ser posible. Aunque su querida amiga Gabriela le repetía que «todo saldrá bien», ella no se hacía ilusiones. Y se precipitó a la primera oportunidad. Las tropas militares rusas se habían retirado de suelo rumano. La política exterior del país estaba subordinada a Moscú. Oficialmente, el régimen fomentaba la «reunificación familiar». Extraoficialmente, permitía abandonar el país. En sus memorias, el gran rabino Rosen describe la fiebre que se apoderó de la capital: «Cuando los judíos supieron, en Yom Kippur de 1958, que podían registrarse para emigrar a Israel, el efecto fue eléctrico. Empezaron a hacer cola en las comisarías para obtener permisos de salida. Estas escenas dramáticas se repitieron por todo el país. A diario, miles de judíos se reunían en Bucarest a las puertas de la comisaría central. La cola se extendía por kilómetros».

Sin perder un instante, Lucia Filderman tentó a la suerte y, para su gran sorpresa, obtuvo una respuesta favorable. Al parecer, le acordaban el derecho de empezar de nuevo. ¿Cuánto tardó en vislumbrar la trampa en la que había caído? ¿Cuánto tardó en percibir cómo se cerraban las fauces del lobo?

Hordas de ciudadanos se abalanzaban para escapar del paraíso comunista rumano. La imagen fue desastrosa para el país. El historiador Radu Ioanid concluye, de forma lapidaria: «Para el régimen, fue como una bofetada en la cara». En cuanto a las multitudes de judíos decididas a emigrar, no tardaron en alimentar la paranoia antisemita del Partido y también la de los países árabes, pues veían cómo Israel aumentaba peligrosamente su población. Rumanía volvió a cerrar sus fronteras. Miles de permisos de salida inicialmente concedidos fueron después anulados. En febrero de 1959, *Scîntea*, que quiere decir «chispa» (el órgano de prensa del Partido Comunista Rumano), dedicó su portada a la «amenaza sionista». Los estudiantes judíos fueron expulsados de las universidades. Los que querían irse del país se convirtieron en personas marginadas, a las que no convenía frecuentar. A modo de represalia, Lucia perdió su trabajo. Su nombre, escrito en las listas de la embajada israelí, la condenó al oprobio y a la miseria. Para sobrevivir solamente tenía la comida que le enviaba su

familia desde Francia. Vendía en el mercado negro cuanto lograba burlar el control de los aduaneros: pintalabios, jabones, medias de nailon, horquillas para el pelo...

No resistió mucho tiempo. Severa, condescendiente, ambiciosa, irritaba a sus clientes ocasionales. Uno de ellos la denunció. Pasó diez meses en la cárcel, yendo de penitenciaría en penitenciaría, a cuál más sucia y hacinada. Durante su detención, mi abuela vació su modesta casa de Bucarest. Los muebles y los cachivaches de Lucia pasaron a abarrotar el hogar de los Deleanu. Las niñas aborrecían estos objetos intrusos, que ocupaban su espacio vital y ponían en peligro a toda la familia. Cada una de las muchas baratijas de Lucia convertía a su propietaria en culpable de un delito de opinión especialmente vergonzoso: la nostalgia por una Rumanía volcada hacia Europa, por una Rumanía «cosmopolita».

Llegaría el día en que a mi abuela, presa de sus orígenes judíos, también la acusarían de «cosmopolitismo». Entonces, varios de los tesoros de Lucia se volverían extremadamente comprometedores. Mi abuela y mi madre tendrían que destruir la colección de estampas impresas en vidrio, las suntuosas imágenes de viajes que hacía falta introducir en unos artefactos ópticos llamados estereoscopios. Lucia Filderman había viajado a tierras lejanas con su difunto marido; había visitado grandes capitales y navegado por el Nilo en un barco de vapor. Era imposible que los Deleanu conservaran estas imágenes tan coloridas sin levantar la sospecha de que habían mantenido tratos con personas extranjeras. La Securitate quería saber cuándo, dónde, cómo y con quién: horas de interrogatorios suplementarios.

Así que, al caer la tarde, Gabriela y Marina salieron al jardín y aplastaron los hermosos autocromos con una pala, bien fuerte, hasta que no quedó nada del célebre río egipcio. Una vez reducido el azul brillante a un polvillo de cristal, cavaron un pozo y ocultaron, a dos metros bajo tierra, los recuerdos tristemente atomizados de esa existencia dorada. A los fisgones del Partido nunca se les ocurriría registrar los canteros del jardín. Mi madre, no descontenta por haberlos engañado así, podría señalar aún, muchas décadas después y con los ojos cerrados, el lugar exacto donde había enterrado estos objetos. Tenía entonces doce años.

LA DESGRACIA

Las dos hijas de los Deleanu nunca oyeron a sus padres criticar al régimen. Mi abuela soltaba improperios sobre la imbecilidad de algunos o sobre el oportunismo de otros, pero ni una palabra contra el sistema. Las dos hermanas habían notado las discrepancias entre lo que les contaban los pioneros y lo que se decía en su casa. También habían advertido una ironía inevitable cuando se hablaba de algunos temas en concreto. Sin embargo, ¿qué podía ser menos explícito que este sarcasmo inagotable? La familia, de todos modos, había adquirido la costumbre de ocultar el teléfono debajo de un gran almohadón y de conversar en voz baja con los visitantes. Podría estar equipado de un micrófono, quién sabe.

La primera sospechosa de desviación fue Gabriela. Y arrastró a Harry con ella.

Probablemente ocurrió en el Conservatorio Nacional donde trabajaba mi abuela. Las alumnas entraban y salían de su despacho. Todas se quejaban de que la Securitate las sometía a repetidos interrogatorios, tan intrusivos como degradantes. La policía política quería saber si habían mantenido relaciones sexuales con uno de sus profesores: un hombre de sesenta y cinco años, músico de cierto renombre, pianista y crítico musical, ganador de varios premios en los tiempos de entreguerras y autor de infinidad de sinfonías. Había estudiado en París como alumno de Gabriel Fauré. En 1959, acusado de simpatizar con la música decadente, el profesor había debido publicar una extensa autocrítica en la prensa. Se le había prohibido la música para siempre. También se lo había condenado por homosexualidad. Esa investigación sobre su vida sexual —que el mismo Conservatorio llevó a cabo con gran empeño— era un presagio, sin duda, de su futuro destierro.

Las alumnas de su clase no se salvaron de las preguntas íntimas. Gabriela estaba indignada por el trato que recibían las más jóvenes. Le escandalizaban las exigencias improcedentes y los modales repugnantes del funcionario que efectuaba la investigación. Se quejó de ello en una reunión de trabajo. Pero ¿con qué derecho interfería en una investigación? ¿A quién intentaba proteger? ¿Cómo se atrevía a obstruir la seguridad interna? La expulsaron en el acto y con efecto inmediato del Partido Comunista Rumano.

Mi abuela perdió todos sus empleos, empezando por su puesto en el Conservatorio, del que la echaron. ¿Por qué razón? Entre otras muchas cosas, Gabriela Deleanu fue acusada de haber roto a propósito los instrumentos musicales del Conservatorio, o tal vez los de su orquesta en la Cinematografía Nacional... Me resulta bastante grato imaginar a mi abuela despedazando arpas, rompiendo uno tras otro los instrumentos de percusión de la orquesta, saltando con los pies juntos encima de los violonchelos y demoliendo algún piano a golpes de clarinete. La acusación era absurda, pero bastó para excluirla. Le prohibieron acercarse al lugar sagrado: esa casa de música donde había transcurrido toda su vida.

Más delirante y mucho más grave fue la sospecha de la Securitate de que Gabriela también espiaba para los «angloamericanos». Justo después de la guerra, para recuperar el tiempo perdido, mi abuela había comenzado a tomar clases de inglés con dos hermanas, las Samueli, que recibían invitados en su casa. Hasta que las dos mujeres fueron detenidas en Bucarest, a principios de los años cincuenta, acusadas de tareas «de alta traición y de espionaje». Y con razón: eran espías de verdad. En esos años, Gran Bretaña hacía las veces de representante diplomático de Estados Unidos en Rumanía. Las hermanas Samueli, por consiguiente, operaban para los dos países al mismo tiempo. Tras un largo encarcelamiento, una de ellas adquirió la ciudadanía británica y la otra tomó la estadounidense.

Por supuesto, Gabriela no sabía nada de la doble vida de sus profesoras de inglés. Y no imaginaba ni por asomo que las hermanas la habían mencionado durante el interrogatorio. Una de las dos Samueli le había hablado a la Securitate sobre las frecuentes visitas de Gabriela Deleanu a su casa. Había descrito el temperamento alegre de mi abuela y su propensión a los cotilleos. También había dejado caer importantes informaciones que

Gabriela les había dado sin querer. Las Samueli estimaban que mi abuela habría sido una recluta perfecta, considerando su agilidad intelectual, su manejo de los idiomas, sus dotes de seducción y su carácter enérgico. De no haber sido interrumpidas en su labor, las hermanas se habrían consagrado a «cooptarla». Semejantes declaraciones equivalían a firmar una sentencia de muerte contra mi abuela. ¿Para qué mencionar un proyecto de reclutamiento que nunca tuvo lugar? ¿Para qué dar el nombre de Gabriela cuando ella no estaba implicada en ninguna de sus actividades? Para acabar de una vez con los interrogatorios. Para negociar un indulto, una reducción de pena. O para desviar simplemente la atención, sin revelar nada que fuese realmente incriminatorio. No lo sabremos jamás.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las «valiosas» informaciones que Gabriela les transmitió de manera involuntaria a sus profesoras de inglés? Pueden leerse en el expediente de mi abuela, que ya fue desclasificado. Su marido Harry, que en esos tiempos trabajaba en la fábrica Gallia, había debido enfrentar una huelga que contaba con el apoyo de muchos trabajadores. Entonces se le había ocurrido hablar con Matei Socor, primo de Gabriela y miembro destacado del Partido, para que mediara ante la célula comunista de la fábrica y lograrse que el sindicato alentara la reanudación de las labores. Nada más. Pero romper una huelga era un crimen contra los trabajadores, desprestigiar al Partido con semejante escándalo era algo incalificable, y alardear de ello ante unas agentes angloamericanas equivalía a comprometer a toda la República Popular. Gabriela tendría que haber cerrado la boca.